

# LA VIDA COTIDIANA Y SUS CIRCUNSTANCIAS EN VALDESANGIL DURANTE EL SIGLO XVIII

J. FRANCISCO FABIÁN GARCÍA

## RESUMEN

Este trabajo pretende la aproximación a la vida cotidiana en un pueblo de la comarca de Béjar: Valdesangil. Además de abordar la realidad de un lugar en un tiempo concreto, quiere servir también de referencia para entender el modo de vida de las poblaciones cercanas, cuyas circunstancias no debieron ser en lo general muy distintas a las de Valdesangil. Para abordarlo he consultado dos fuentes directas fundamentales: las respuestas del Catastro de la Ensenada de 1753 y los archivos parroquiales del pueblo<sup>1</sup>, en cuyos libros de bautizos, difuntos, de fábrica de la iglesia y de las cofradías hay que buscar las referencias que sirven para reconstruir la vida de la gente de un tiempo distante. También he consultado el archivo parroquial de la iglesia de San Juan de Béjar. A estas fuentes he añadido la valiosa aportación sobre Valdesangil de otros investigadores como J.F. Sánchez Sancho y J.I. Díez Elcuaz<sup>2</sup> y la de M. Rodríguez Bruno<sup>3</sup>. Finalmente mi conocimiento del lugar como nativo de Valdesangil me ha facilitado el camino en aspectos como la arquitectura, la toponimia y la tradición oral.

He distinguido una serie de aspectos básicos para reconstruir la vida cotidiana, entendiéndolos que forman la estructura general en la que se movieron los habitantes de ese tiempo. Los he repartido en cinco apartados en función de la información que me fue posible manejar: las bases económicas reales, su forma de adaptación a ellas y de explotación, que derivan en un determinado paisaje, marco de la vida cotidiana; el paisaje urbano derivado de habitar en el lugar del Valle de San Gil con sus circunstancias; el sistema y la organización para la necesaria convivencia entre los curiales y sus vecinos. Y finalmente, lo lúdico y el mundo de las creencias y sus manifestaciones tendentes a alcanzar con éxito la vida eterna, objetivo de todos y cada uno llegado el momento.

PALABRAS CLAVE: Valdesangil, vida cotidiana, siglo XVIII, Catastro de Ensenada.

## 1. VALDESANGIL ANTES DEL SIGLO XVIII

El Valle de San Gil, antes de llamarse así, interesó a las gentes de la prehistoria como han evidenciado numerosos datos ya publicados<sup>4</sup>. En los primeros tiempos de la Historia, hacia los ss. IV al VI, interesó a una población muy residual, tal vez no mucho más que una granja de la que sabemos realmente poco. Después de ese momento hasta el fin de la Edad Media no conocemos más referencias sobre el Val de San Gil. En algún momento de ese tiempo o inmediatamente anterior a la plena Edad Media debió surgir

---

1 Agradezco a D. Agustín Jiménez, párroco de Valdesangil y de San Juan Bautista de Béjar, su colaboración permitiéndome consultar los archivos de Valdesangil y dándome todo tipo de facilidades para los de la iglesia de San Juan.

2 SÁNCHEZ SANCHO, J. Félix y Díez ELCUAZ, J. Ignacio. "El conjunto Barroco de Valdesangil". *Estudios Bejaranos* nº 12, 2008. Béjar. Centro de Estudios Bejaranos, pp. 9-46.

3 RODRÍGUEZ BRUNO, Manuel. "Las Casas de Val de San Gil", en *El Calvario. Primer Centenario 1901-2001*. 2001, Valdesangil.

4 FABIÁN GARCÍA, J. Francisco. "El Tiempo más antiguo". En *Historia de Béjar. Tomo I*. 2012. Béjar. Centro de Estudios Bejaranos, pp. 71-192.

el topónimo que consagraba al sitio como Valle de San Gil, sin que sepamos a lo que obedece exactamente.

Sánchez Sancho y Díez Elcuaz han planteado una interesante hipótesis sobre la fundación definitiva de Valdesangil que dio lugar al núcleo urbano actual. Postulan el origen definitivo como consecuencia de una repoblación de esa zona entre finales del s. XIV y principios del XV promovida por los Estúñiga, que además de señores de Béjar lo eran también del lugar vallisoletano de Curiel de los Ajos. El hecho de que se conozca a los naturales de Valdesangil como *curiales*, sin que ello corresponda a algo evidente, unido a que Diego López de Estúñiga (1350-1457) fuera, además de señor de Béjar, también de Curiel de los Ajos, concede credibilidad a la hipótesis. No significa esto que en tiempo inmediatamente anterior no existiera algún caserío aislado allí mismo, que a partir de ese momento se vio incrementado con los repobladores. Si esto es como parece, en adelante los recién llegados serían nombrados por sus vecinos como *curiales*, porque eran los únicos del lugar o porque representaron clara mayoría respecto a los que estaban allí antes. Hubo de ser tan solo un reducido número de familias, cuyos asentamientos dispersos en el paisaje motivaron el nombre de Casas de Val de San Gil, que llegó hasta el s. XVII e inicios del XVIII, mezclándose en ese tiempo con el ya más definitivo de Valdesangil. Deben corresponder a entonces topónimos aún en uso, aunque ya sin justificación física, como *Las Casas del Valle*, *La Casalancha* (Casa de la Lancha), *Casasola* o Casa de la Cerrada Llana. Dibujarían así durante un par de siglos un paisaje de caseríos dispersos, conduciendo con exactitud semántica en su conjunto a las *Casas de Val de San Gil* a que se refieren fuentes tales como un documento de 1455 donde se cita a un tal Diego Sánchez como morador del lugar<sup>5</sup>.

Un siglo después de la supuesta repoblación, en 1568, el obispo de Plasencia llevó a cabo una reducción parroquial ordenando asociar a la iglesia bejarana de San Juan la población de la *alcarría de Baldesangil*<sup>6</sup>. Siendo *alcarría* la forma de nombrar a un paisaje de pequeñas y dispersas haciendas de labranza, tendremos una prueba más de que al menos en los ss. XV y XVI el futuro Valdesangil era un conjunto reducido de haciendas dispersas. Por consiguiente, tanto que se denomine *alcarria* como *Casas del Val de San Gil*, aluden a un lugar en el que no se ha producido una situación urbana todavía. Aun así, siendo ya un núcleo de casas concentrado a finales del XVII, en ocasiones seguían denominándolo Casas de Val de San Gil, como aparece en la firma del contrato para la construcción de la iglesia en 1715, a pesar de que un siglo antes ya figuraba a menudo como *Valdesangil* en los archivos parroquiales de San Juan. Sin duda el nombre antiguo quedaba como mera memoria.

Otra prueba más de ello son las alusiones que se hacen en el Catastro de la Ensenada (en adelante CdLE), en 1753, a tres arrabales dentro del ya constituido casco urbano.

5 BARRIOS GARCÍA, Ángel. y MARTÍN EXPÓSITO, Antonio. *Documentación medieval de los archivos medievales de Béjar y Candelario*. Salamanca: Diputación de Salamanca, 1986, p. 119.

6 Archivo Municipal de Béjar. Signatura I.E. 0004.03. Fol.7 rº nº 14, citado por SÁNCHEZ SANCHO y Díez Elcuaz, ob. cit. p. 10, nota 5.

Se citan el *arrabal de la Entrada*, el *de Arriba*, el *del Arroyo*... Debemos entender en ello que se trataba en ese momento de denominaciones tradicionales que todavía se mantenían de un pasado en el que cada uno de esos puntos había conocido una concentración de construcciones que, al unirse con el tiempo a otras próximas, dieron lugar al casco urbano formado entre el s. XVII y principios del XVIII. El hecho de encontrarse próximos algunos de ellos hizo más fácil que fuera allí donde naciera Valdesangil.

Fuera uno el inicial, como creen Sánchez Sancho y Díez Elcuaz<sup>7</sup> para el que hoy se denomina Barrio del Perché (ausente como tal en las fuentes del siglo XVIII), en la zona oeste del casco urbano, dominando el cauce del arroyo en su margen derecha, o hubiera varios núcleos simultáneos independientes pero próximos, lo que parece evidente es que a partir de los ss. XVI-XVII hay una intención clara de agruparse en torno a una zona a ambos lados del arroyo.

Este núcleo urbano tuvo una ermita, referencia obligada de los curiales para practicar sus creencias y posiblemente uno de los fundamentos para congregarse a la población en un determinado punto. Sánchez Sancho y Díez y Elcuaz han hallado documentos que la citan en 1568<sup>8</sup>, sin duda cuando Valdesangil era tan solo un grupo de caseríos dispersos, aunque con alguna concentración más importante en un punto en el que estaba la ermita y al que se llegaba por un camino directamente conectado a Béjar. Al menos en el s. XVII estaba dedicada a Sta. M<sup>a</sup> de los Remedios, coincidiendo con la gran devoción que en este siglo se le profesó a la Virgen en su papel de mediadora y amparo de los pobres, que eran todos o la gran mayoría<sup>9</sup>. Este pequeño templo<sup>10</sup> llegará, hasta la segunda década del siglo XVIII en que se construye la iglesia actual, desapareciendo entonces sin dejar rastro. Al ser inicialmente una población marcada por una cierta dispersión, la ermita hubo de estar en un punto que beneficiara a la mayoría de los caseríos. Debió ser un pequeño templo de reducidas dimensiones similar a los de Fuentebuena o Palomares que han llegado a la actualidad, núcleos cuyo origen no pudo ser muy diferente al de las Casas de Valdesangil. La ermita se mantuvo en pie hasta el primer cuarto del s. XVIII, cuando las necesidades y el deseo del canónigo de la catedral de Plasencia don Francisco Hernández Nieto, curiel o descendiente de curiales, hicieron posible la construcción de una iglesia, independiente de la bejarana de San Juan con su propio párroco, para disgusto y protesta del cura de San Juan, don Luis López Suarez, que se quedaba así a todos los efectos sin una parte de sus parroquianos.

Sánchez Sancho y Díez Elcuaz basados en un documento de la iglesia bejarana de El Salvador conservado en el Archivo Nacional, la han situado en el lugar conocido hoy

---

7 SÁNCHEZ SANCHO y DÍEZ ELCUAZ, ob. cit. p. 10.

8 SÁNCHEZ SANCHO y DÍEZ ELCUAZ, ob. cit. p. 10.

9 No sería extraño creer que dicha advocación, siendo propia del s. XVII, sustituyera a otra anterior dedicada a san Antonio Abad, el otro patrono de Valdesangil e incluso al propio san Gil, que había dado nombre al valle.

10 Posee una cofradía asociada según un documento del archivo parroquial de Valdesangil de 1612.

como *El Legío* (antiguo *El Ejido*), basándose en algunos datos que aporta el documento y en la tradición oral que habla de un antiguo cementerio cerca del lugar que proponen, que de momento nadie ha hallado ni del que se conoce su cronología<sup>11</sup>. No es lo más importante la localización de la ermita, sino el hecho de su existencia y de su sustitución. Aun así considero conveniente hacer una serie de reflexiones sobre el asunto por si pueden contribuir a su clarificación. El documento que citan, fechado en 1630, habla de la venta por parte de un matrimonio de Béjar del agua del arroyo que pasa por un prado de su propiedad –*Prado Contador*– para que puedan regarse unas tierras del Cabildo Eclesiástico de Béjar que hay debajo de la ermita, a las afueras del pueblo. S. Sancho y D. Elcuaz han interpretado que los lineares propiedad del Cabildo de los que habla el documento son los llamados *Prados Cabildos*, que efectivamente existían cerca del sitio donde ellos proponen la ermita. Los *Prados Cabildos* son un extenso prado de unas 22 ha, pero no fue una zona parcelada donde se cultivara lino. Tampoco está el lugar a la orilla del arroyo de Valdesangil (está a 260 m.), ni a las afueras del pueblo (a 430 m. al SO). Difícilmente se hubiera tomado el agua del arroyo para regar alguna de las parcelas debajo del supuesto lugar de la ermita, que son prados y zonas de cereal de secano, lejos de lo que se utilizaba en el s. XVIII para el cultivo del lino. A mi juicio casa mejor con la descripción del documento que la ermita estuviera a la entrada llegando desde Béjar, en la zona que precisamente se conoce como *La Huerta de la Ermita*, con el *Prado Contador* inmediatamente debajo y el arroyo a 65 m. al oeste del que tomar agua para las huertas con lino. La ermita habría estado inmediata al camino que comunicaba con Béjar (en el otro lugar estaría completamente a desmano de la comunicación) y una vez desacralizada por la construcción de la iglesia en 1722, habría quedado absorbida por las casas inmediatas a la *Huerta de la Ermita*, que habría mantenido el topónimo. En esas huertas se cultivaba lino en 1753 (CdLE): son tres parcelas y dos están en manos de capellanías de Béjar.

## 2. GENERALIDADES DE BASE DE LOS CURIELES EN EL SIGLO XVIII

Los habitantes de Valdesangil, como todos los de su tiempo en España, consumieron su existencia mirando intensamente a dos puntos: hacia la tierra que pisaban en vida con sus circunstancias y consecuencias, y al cielo, como símbolo del tiempo que sucedería a la vida, cifrado en términos cuantitativos como *la eternidad*, razón por la cual era necesario lograr en vida la mejor posición posible para alcanzarla. En la tierra que pisaban obtenían lo necesario para pasar la vida lo mejor que fuera posible. En el sueño de la otra vida encontraban el anhelo de una existencia más larga y placentera, lejos del valle de lágrimas que podía suponer (y a menudo suponía, dadas las circunstancias), a la vez que compensación de las penurias vividas. En definitiva, el sueño de la vida

<sup>11</sup> SÁNCHEZ SANCHO y DÍEZ ELCUAZ, ob. cit. p. 12 y nota 24.

eterna en la deseada Gloria resultaba un alivio cuando la vida no iba bien. Pero ese destino había que ganarlo, por eso cada ser humano se dedicaba a buscar el equilibrio entre vivir la vida con sus posibilidades y garantizarse a la vez una eternidad en el mejor sitio posible, en el territorio de la divinidad y lejos de lo terrible que supondría quemarse eternamente en el infierno, como se predicaba con vehemencia desde los púlpitos. De la aparente simpleza de este proceso vital de los curieles, se dibujaban y derivaban multitud de matices que sirven para construir su historia. Este trabajo expone el discurrir de la vida de los curieles durante el s. XVIII a través de las huellas que dejaron.

El Valle de San Gil no fue un lugar especialmente rico en recursos naturales. La zona serrana, rocosa y agreste, conocida como los Picos de Valdesangil, componía una parte sustancial de su paisaje con limitadas posibilidades de aprovechamiento, reducidas a la ganadería y más concretamente al pastoreo, en el que tampoco era bastante con los recursos existentes, por lo que era preciso acudir a otros lugares, como más adelante se verá. Más favorable era el fondo del valle. Allí donde el agua era abundante, pero incontrolable, fueron prados. Donde era posible el regadío, se plantaba el cultivo de moda en el s. XVIII en Castilla: el lino. La altitud en torno a 1.000 m y la calidad del suelo hacían que no resultara un terreno apto para obtener importantes beneficios del campo, pero sí para mantener una economía de subsistencia que, solo para una minoría, por razones diversas pero siempre de cantidad, podría representar una situación más desahogada, aunque nunca con bases objetivas para una gran prosperidad.

Con esa situación de base nacían los curieles en el s. XVIII, habían nacido también antes y seguirían naciendo en los siglos sucesivos hasta que vivir de la tierra y sus circunstancias dejó de representar la forma de vida más común en Valdesangil, esto ya a mediados del s. XX, cuando la industria textil de Béjar acaparó la mano de obra disponible sin muchos recursos y ofreció un futuro más favorable y menos dependiente de los agentes de la naturaleza a la gran mayoría de los curieles, que habían fiado tradicionalmente la felicidad, de haberla, únicamente a un año.

### **3. LOS CURIELES EN SUS CIRCUNSTANCIAS BÁSICAS**

Tenía Valdesangil 117 vecinos en 1753, además de 10 menores sin padres, a los que fiscalmente el CdLE les considera como vecinos por sus propiedades, aunque podemos imaginar que vivían a cargo de alguien, ya fuera en una casa ajena o en la propia (la tienen) pero bajo la tutoría de algún familiar. En total había en Valdesangil 366 moradores de todas las edades en ese año.

El origen de esta cantidad de población habrá que buscarlo tiempo atrás, remontándonos al aumento demográfico que se vivió durante el s. XVI en Castilla. A través del Censo de la Corona de Castilla de 1534 sabemos que ya estaban constituidos y tenían una cierta población los pueblos de los alrededores de Valdesangil, con Béjar a la cabeza con 2.232 habitantes y 558 vecinos, cifras en las que se incluía a los

curieles. En tan solo 67 años, por las cifras de un nuevo censo, sabemos que estas poblaciones habían aumentado considerablemente, incluso en algunos lugares hasta el cien por cien, por ejemplo en La Hoya y Navacarros. Béjar lo hizo en el 74% en 1571<sup>12</sup>. Es probable que Valdesangil conociera un incremento entonces, pasando de ser un puñado de haciendas aisladas en medio del valle a algo más. Entre finales del s. XVI y principios del XVII debió constituirse la base esencial de lo que llegaría a la mitad del s. XVIII, que es de donde tenemos las mejores referencias a través del CdLE.

La primera mitad del s. XVII fue un tiempo de crisis general que detuvo la escalada demográfica y provocó al retraimiento de la población por las epidemias de peste, la emigración, la expulsión de moriscos, los muertos en las guerras, etc. Desconocemos cuáles y en cuánto afectaron estos factores a las Casas de Val de San Gil o Valdesangil<sup>13</sup>, pero hemos de pensar que el aumento de la población, ya fuera por sí misma o por la llegada de nuevos habitantes, se detendría o retraería en este momento. En 1660 la población de Béjar alcanza cotas mínimas, con un leve ascenso entre 1670 y 1700<sup>14</sup>. La población de Béjar irá creciendo, en ocasiones por encima de la media, hasta la mitad del s. XVIII<sup>15</sup>. Pero el caso de Béjar no tiene que servir de referencia directa y obligada para Valdesangil, ya que el mayor aumento en Béjar se debe al auge de las manufacturas textiles, del que los curieles no participaban, si hacemos caso de los apellidos que aparecen entre los trabajadores del textil en el CdLE de 1753, en el que no encontramos ni rastros de los habituales apellidos curieles<sup>16</sup>. En cualquier caso la población de Valdesangil debió crecer desde finales del XVII y principios del XVIII a un ritmo sostenido y relativo que le llevó a esos 366 habitantes en 1753, estando en ese momento por encima de pueblos vecinos como Vallejera, Fresnedoso, Sanchotello, Naval moral o La Calzada e incluso levemente por encima de Ledrada<sup>17</sup>.

De los 366 habitantes que había en 1753, la mitad se encontraban en la edad óptima para trabajar y rendir (entre 16 y 45 años). Se trataba de población joven y en el principio de la madurez, la que participaba con plenitud en los principales acontecimientos que conformaban la vida del pueblo, ya fueran laborales, sociales o lúdicos. Poco menos que un tercio del total lo constituía una población que aportaba poco a la producción y al trabajo; casi todos eran niños, ya que los mayores de 60 años,

12 HERAS SANTOS, J. Luis de las. "Historia social del Estado de Béjar en la Edad Moderna". En Hernández y Domínguez (Coord.): *Historia de Béjar*. Tomo I, 2012. Béjar: Centro de Estudios Bejaranos, p. 375.

13 En los documentos del archivo parroquial de la iglesia de San Juan Bautista de Béjar del s. XVII se les denomina indistintamente Casas de Valdesangil y Valdesangil, con mayor frecuencia del segundo, indicador posiblemente de que ya no eran el antiguo conjunto de casas dispersas que pudo haber en los ss. XV y XVI.

14 ROS MASSANA, Rosa. *La industria textil lanera en Béjar (1680-1850). La formación del enclave industrial*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 1999, pp. 21-26.

15 DE LAS HERAS SANTOS, ob. cit. p. 376.

16 GARCÍA MARTÍN, Pedro. *BÉJAR 1753 según las respuestas generales del Catastro de la Ensenada*. Col. La Alcabala al viento nº 6. 1990. Madrid: Tabapress S.A, pp.103-107.

17 DE LAS HERAS SANTOS, ob. cit. p. 377.

a los que podía considerarse ancianos para ese tiempo dadas las circunstancias, eran solo 13 en total. Aunque debe pensarse que una cifra en torno al 20% (unos 78 niños entre 1 y 10 años) eran improductivos o poco productivos, no debemos verles por completo al margen de la vida laboral, ya que desde la infancia comenzaba el aprendizaje en forma de trabajos determinados en lo que luego serían las tareas cotidianas. No existía la escuela, por tanto desde temprana edad los niños iban asumiendo trabajos a la medida de sus posibilidades; lo hacían por cuenta familiar e incluso ajena, cosa que a nadie le llamaría la atención en una sociedad en la que era preciso ganarse a pulso cada real del sustento. Con ellos el conjunto de productores de Valdesangil tenía asegurada la continuidad, salvo coyunturas imprevistas (epidemias, hambrunas por malas cosechas, emigraciones), para el futuro a corto y medio plazo. Pero si la continuidad implicaba el aumento de la población, hay que decir que los recursos no permitían un crecimiento demográfico destacado en condiciones normales, con lo que llegado a cierto límite, que no sería en mucho superior a la cota del año 1753, la población tendría que optar por la emigración, ya que no había posibilidades para todos. Ante esto es posible que la floreciente manufactura textil bejarana sirviera de acogida a los curieles que no iban teniendo cabida en el trabajo agrícola propio de su territorio. Que esto fuera así parece decirlo el hecho de que Valdesangil no creció urbanísticamente mucho más de lo que se aprecia para 1753, por lo cual es posible que estuviera en ese tiempo cerca de su máximo en relación a la explotación de los recursos.

Para hacernos una idea de la situación y del ambiente que generaba podemos observar los datos a partir de los nacimientos consignados en los registros parroquiales de las iglesias de San Juan Bautista de Béjar hasta 1722-1723 y, desde ese momento, de la de Valdesangil. En el periodo entre 1725 y 1800 se bautizaban cada año una media de 15'9 niños por año (n/a), bastante superior a la del s. XVII que, según el registro de San Juan, donde eran bautizados los curieles, estaba en torno a 3 n/a. Pudo ser un poco más alta pero no consignarse en los libros todos los nacimientos por morir muchos de ellos antes de ser bautizados, circunstancia nada rara dado el alto índice de mortalidad en el nacimiento y al menos durante los dos o tres años siguientes. Con esa cifra entendemos que la población había ido creciendo lentamente durante el s. XVII, aumentando considerablemente a partir de iniciado el XVIII. Entre 1725 y 1734 nacían una media de 13'9 n/a, cifra que se mantuvo hasta la segunda mitad del siglo en que aumentó 3-4 puntos. Pero no sería el s. XVIII el tiempo de mayor número de nacimientos y por tanto de mayor población, sino la segunda mitad del XIX en la que se registraba una media de 23 n/a. Es probable que una parte de la población viviera entonces de la industria textil bejarana, aunque fueran residentes en Valdesangil, como sucedió en el XX. Sin duda sirve de referencia que cuando se redacta el CdLE en 1753 no hay residentes de Valdesangil que trabajen en Béjar. En esa década nacieron una media de 13'1 n/a. El hecho de que se diera cada año una media de 13 nacimientos habla sin duda de la cantidad de parejas en edad de procrear que había.

De todas formas el crecimiento de la población estaba mediatizado por los índices de mortalidad. A pesar de que no se dieron grandes epidemias en el s. XVIII (peste, viruela, fiebre amarilla, tifus, paludismo...), como se habían dado en la segunda mitad del XVII, el índice de mortalidad era elevado. Entre 1725 y 1800 el 43% de los recién nacidos o con no más de 2/3 años (párvulos) morían. Si a esto añadimos los consignados en los registros simplemente como niños, veremos que la mitad del total de fallecidos en Valdesangil eran niños de una edad o de otra. Morían, sobre todo los párvulos, la mayor parte en pleno verano o en el más duro invierno. En invierno las afecciones gripales y respiratorias eran la causa; en verano es de imaginar que la calidad de las aguas, la alimentación deficiente y las infecciones propias de la mala higiene en los alimentos y en todo, agravadas a veces por primaveras y veranos muy secos, acababan con su vida fácilmente. Algunos años resultaron cruciales en este sentido, por ejemplo entre 1730 y 1733 murieron más de la mitad de los párvulos que habían nacido (65%), posiblemente debido a alguna epidemia concreta. Acudir a los servicios de un médico no sería siempre posible. Para toda la población de Béjar (unas 3.570 almas) había un solo médico en 1753, auxiliado por 3 cirujanos y 3 sangradores, que eran al mismo tiempo *barberos*. Para diagnosticar, de todos ellos el único era el médico. Desconozco si su figura era contratada para todo el territorio por el ayuntamiento de Béjar, con participación ciudadana mediante un impuesto o había un contrato de iguala para quién lo pudiera pagar, con asistencia gratuita para los pobres. Ambos sistemas se dieron en el s. XVIII<sup>18</sup>. Desconozco también la adaptación de cualquiera de los dos sistemas a lugares como Valdesangil, pero intuyo que fuera el que fuera, la distancia y las inconveniencias jugarían en contra de los curieles enfermos. Debemos entender que el médico en Valdesangil estaba, en caso de poder disponer de sus servicios, para casos graves, quedando para los demás la figura tan popular del sanador o experto local, que aplicaba conocimientos adquiridos consuetudinariamente, además de la intuición, con resultados inciertos. Y todo ello acompañado por los servicios de curanderos, que mediante magia y religiosidad –todo junto– para personas y animales enfermos, representaban la búsqueda de la curación desde el pasado más lejano, aún con mucho predicamento en ese tiempo.

En el periodo 1725-1800 fueron bautizados en Valdesangil 1.132 niños y hubo 1.086 entierros. El superávit teórico de 46 indica el lento crecimiento que se daba, debido a la baja esperanza de vida. En 1753 había 68 matrimonios, de los que 48 estaban en edad de procrear. Si pensamos que podían tener un hijo cada tres años, nos salen aproximadamente las cuentas de unos 13-16 n/a que se dio en datos reales entre 1745 y 1774.

---

18 FERNÁNDEZ DOCTOR, Asunción y ARCARAZO GARCÍA, Luis. "Asistencia rural en los ss. XVII y XVIII: Los tipos de «conducción» de los profesionales sanitarios en Aragón". *BIBLID* nº 22, 2002, pp.189-208.



Para hacernos una idea de la distribución por edades en 1753 servirán los datos siguientes del CdLE:

EDAD	NÚMERO	+PROBABLES <sup>19</sup>
1-10	79	27
11-15	48	26
16-20	36	13
21-30	71	8
31-45	57	2
46-60	42	1
+ 60	13	

A estos hay que unir 19 viudas de edad indeterminada (tampoco se consigna la edad en el CdLE) y el cura, que vivía con su padre, dos sobrinos y una criada.

No eran frecuentes las familias numerosas con éxito, es decir en las que hubiera llegado a la edad adulta un número de hijos superior a 4; pero no lo era, no porque hubiera algún freno a la procreación (parece que al contrario), sino por la alta mortalidad infantil. No era fácil sacar vitalmente un hijo adelante. Puede servir de referencia el CdLE en el que la media de hijos por familia (h/f) que habían llegado a una edad con menos riesgos era de 2'7. La instantánea que supone el CdLE en 1753 da una media de 2'4 h/f contabilizando hijos de todas las edades, muchos de los cuales seguramente no iban a pasar de los 5 años. Cuarenta familias tenían entre 2 y 4 hijos. No había familias de 7 ni de 6 y solo una contaba con 8 hijos, en la que solo 3 habían pasado la edad del riesgo. Lo más frecuente estaba entre 1 y 3 h/f (82%), aun teniendo en cuenta que en determinadas familias, las de padres mayores, que no eran muchas, algunos hijos habrían dejado el hogar por diversas razones.

Durante el s. XVIII los curieles nacían más, con notable diferencia, en ciertos meses del año: había cuatro meses fundamentales y destacados del resto: febrero, marzo, abril y mayo (en total el 52% de los nacimientos). Pero de ellos marzo (17'4%) y abril (13'1%) eran los de más nacimientos. Teniendo en cuenta que el 52% de los curieles se dedicaban al pastoreo y, que según el CdLE pasaban seis meses de otoño e invierno en tierras de Extremadura con sus ganados, cuadra perfectamente que los nacidos fueran concebidos entre mayo y agosto, una vez que habían vuelto y se reencontraban con sus esposas. Pensado con realismo no extrañará que fuera sobre todo en marzo cuando más nacieran, teniendo en cuenta que sería junio del año anterior cuando regresaban la mayor parte después de seis meses de ausencia. Por el contrario, cuando menos nacían era entre julio y octubre (14'9%), coincidiendo con la ausencia de los

<sup>19</sup> Se consideran Probables en ese arco de edad porque son mujeres, circunstancia que en el CdLE hace que no se consigne la edad. Se calcula en base a la escala que tienen con respecto a sus hermanos varones y la consignación en ellos de una edad. En cualquier caso el error en los probables será bajo.

pastores entre noviembre y mayo/junio. Hay que tener en cuenta que los pastores en Valdesangil representaban en 1753 la mitad de las familias con capacidad de procrear, por tanto sus efectos demográficos tenían un peso importante. Pero hay un dato que no acierto a interpretar por ahora: la importancia en nacimientos que se solía registrar en noviembre (7'9% de total entre 1723 y 1800), ello dentro de la tónica baja que se registraba desde julio hasta octubre (21% del total, 5% por año). Estos nacidos en noviembre serían concebidos en febrero o marzo si hubieran sido prematuros. Tal vez significaba la vuelta anticipada de algunos pastores que se encontraban en condiciones distintas a las de la mayoría.

Los nombres que los curiales ponían a sus hijos estuvieron sujetos a modas temporales, como sucede en la actualidad. Entre 1723 y 1800 los nombres de varones más usados fueron Manuel (11%) y Juan (10%), le siguieron con una diferencia de 3 a 5 puntos, por este orden: Francisco, Joseph, Pedro y Antonio. Entre los pocos compuestos que se daban en varones, Juan Antonio fue el que más se usó, sin que fuera usual. Otros nombres usados con frecuencia fueron Diego y Miguel. A finales de siglo Tiburcio tuvo cierta aceptación. Quizá sea significativo de algún avance en las ideas venidas de la Ilustración, con la evidente criba que para un lugar como Valdesangil debía significar el hecho de que se pase de usar tan solo 31 nombres distintos entre 1722 y 1750 a usar 83 entre 1751 y 1779, y 75 entre 1780 y 1800<sup>20</sup>.

En los nombres de las mujeres se dio una situación parecida, si bien los compuestos fueron más frecuentes. María, Josepha, Ana y Manuela son los más usados con diferencia, sobre todo el de María a secas que aventaja en mucho a los demás. Se usan con frecuencia Juana, Catalina y Antonia. La variedad en las mujeres es mayor que en los hombres, igualmente en cuanto a los compuestos que utilizan María como primero. En cuando a la variedad que se muestra a partir de mediados de siglo es similar a la expuesta para los hombres. Pasan de usar 44 nombres entre 1722 y 1750 a 90 entre 1751 y 1779, y 69 entre 1780 y 1800<sup>21</sup>. Llama la atención que nadie en todo el siglo se llame como la patrona: María de los Remedios o Remedios. Sobre todo en la primera mitad del siglo, hay tal obstinación con ciertos nombres como María, Ana, Josepha,

20 En esos tres periodos la progresión en los nombres masculinos innovadores respecto a los tradicionales es un dato a tener en cuenta. En los 3 periodos en los que arbitrariamente he dividido el siglo y de los que dispuse de más datos (1722-1750, 1751-1779 y 1780-18800), 7 nombres se reparten la frecuencia de uso mayor. En el primero de los periodos esos 7 nombres se usan entre 41 y 12 veces respectivamente. La innovación usando entre 4 y 1 vez nombres distintos implica que usan otros 24 más, de los que 17 se utilizan 1 o 2 veces. En el segundo periodo la innovación alcanza a 76 nombres, 52 más que en el periodo anterior, siendo 56 los nombres en que esos 28 años se usan solo una o dos veces. En el tercer periodo, la innovación respecto a los 7 más repetidos (entre 18 y 8 veces respectivamente) es de 68, siendo 54 los nombres que solo se usan 1 o 2 veces.

21 Tomando como referencia los mismos tramos de tiempo que para los hombres, se ve que en el primer tramo se usan entre 44 y 11 veces respectivamente. La innovación con el uso de nombres entre 5 y 1 vez es solo de 38. En el segundo periodo 4 nombres se usan entre 14 y 9 veces. La innovación ahora con usos entre 5 y 1 vez es de 86. Hay una diferencia de 48 nombres con respecto a lo anterior. Entre 1780 y 1800 hay menos repetición fijada, 11 nombres se reparten entre 8 y 4 veces y 58 entre 1 y 2.

Manuela o Francisco que en un mismo año a 3 nacidos se les pondrá el mismo<sup>22</sup>. Es a partir de la segunda mitad cuando la variedad se hace mayor y esto desaparece.

Los curieles se agrupaban nominalmente en familias, distinguiéndose por una especie de apodo general o *vulgo*. Era una mezcla consentida de apodo y sobrenombre con causa variable que permitía saber el *clan* al que pertenecía cada uno. Seguramente cada curiel tenía un vulgo, pero no siempre se le identificaba por él a todos los niveles. Eso solo sucedía con una parte de los individuos. Lo llevaban unido a su apellido, de tal forma que figuraban con él, pareciendo que era en realidad su segundo apellido, cosa que no era, porque el segundo apellido, el de la madre, no constaba prácticamente en nada. Así los curieles unían a su verdadero apellido vulgos tales como Andaluz (p.e. Sánchez *Andaluz*), Vallijera (Sánchez *Vallijera*<sup>23</sup>), Carretero (Sánchez y también Martín *Carretero*), Manjarres, de Marcos, de las Heras, de Diego, Pavón, Prolijo, de Gil, Colorado, Miñana, Cabrero, Repas, Casado, Largo o Marrolla<sup>24</sup>. En las partidas de bautismo o muerte, en el CdLE o en documentos oficiales muchos individuos figuran así, con el vulgo unido al apellido como una forma de identificación<sup>25</sup>. Pero también en bastantes casos el cura hace constar expresamente el vulgo después del apellido (p. e. Juan Sánchez vulgo Marrolla, Joseph Sánchez vulgo Andaluz...). El hecho de que el cura para los bautismos refleje la procedencia de los no curieles, identifica mejor los vulgos autóctonos de los que no lo son y van a vivir a Valdesangil con otro propio o sin él. Pero no todos lo presentan en Valdesangil, de ahí que no en todos los casos conste.

Distinta cosa era el apodo. Aunque es seguro que cada curiel tenía uno además del vulgo, que afectaba a un grupo más que a un individuo concreto, en determinadas personas el apodo debía ser tan popular y admitido por el individuo, que incluso el cura lo hace constar en las partidas de nacimiento o muerte. Es el caso de María *la larga*, Juan *el duque*, Antonia *la cuca*, Catalina *la merina*, Ana *del guapo*, Antonio *el cacho* o María *la voca*, Manuel Sánchez Carretero *el guapo*, Juan Sánchez *el mozo*, etc.

#### 4. EL PAISAJE URBANO

Al menos a mediados del s. XVIII Valdesangil tenía conformada la estructura del casco urbano que iba a llegar al presente. Los datos que aparecen en el CdLE de 1753 hablan de una calle principal que llaman Pública, que al parecer también es la calle Real. Se inicia en la entrada del pueblo por el sur y llega, tras cruzar la plaza, girando

---

22 Por ejemplo en los años 1723, 1729, 1731, 1735 o 1740 se pone María a 3 niñas. Igual sucede en 1734 con el nombre Josepha, en 1739 con Manuela o en 1750 con Francisco.

23 Sin duda algunos como éste estaban indicando la procedencia del miembro originario. *Vallijera* era la forma de referirse a la actual Vallejera.

24 En algunos casos el cura hace constar dos vulgos: uno parece asimilado como apellido compuesto y el otro lo califica como vulgo. Es el caso Eugenia y Cayetano Sánchez *Marrolla vulgo Andaluz* (1788 y 1791 respectivamente).

25 De algunos hay constancia desde el s. XVII, como Majarres (1611), Largo (1607), Marrolla (1610) o Vallijera (1642). Posiblemente estas familias fueran de las primeras en poblar las Casas de Valdesangil.

hacia el oeste, al menos hasta el cauce del arroyo, pasando por delante de la iglesia, ya construida en ese año.

La estructura del casco urbano quedaba conformada por un núcleo más o menos homogéneo y concentrado al que atravesaba un arroyo con dirección norte-sur, dividiéndolo en dos zonas, una al este y otra al oeste. En 1753 se habla de un puente que posiblemente es el que ha llegado a la actualidad, con arco de medio punto y buena factura de sillería en el arco y su bóveda, si bien era menos ancho que hoy, puesto que fue ampliado en los primeros años del s. XX, creándose la plaza de Abajo. Construir un puente firme debió ser esencial desde el momento en que se consolidó la idea del casco urbano actual.

Valdesangil a mediados del XVIII se vertebraba en tres calles principales, consecuencia de las necesidades que movían los intereses de los curieles. Una, por el sur, donde se iniciaba el pueblo, era continuación del camino que unía Valdesangil con Béjar y pudo estar construido entre los ss. XVI y XVII, como consecuencia de las necesidades de comunicación entre Béjar y Valdesangil, ya que éste dependía administrativamente de Béjar, con todo lo que eso significaba; también en lo religioso, pues su pequeña ermita era subsidiaria de la de San Juan Bautista, donde se celebraban los ritos más importantes: bautizos, bodas, entierros... y en lo comercial, pues era en Béjar donde tenían lugar las ferias de ganado, tanto las semanales de los jueves como las de septiembre, a las que los curieles asistían. Aquel camino (todavía existe) fue el único y el más recto hasta la construcción de la carretera a mediados del s. XX. Al final de ese camino empezaba el casco urbano con la calle Pública o Real que cita el CdLE, donde estaba en primer lugar el *Arrabal de la Entrada*, un pequeño conjunto de construcciones que fueron una de las haciendas originarias de las Casas de Valdesangil. Tal vez el nombre –calle Real o Pública– tenga que ver con un camino antiguo, bifurcado de alguno real en torno al cual se fueron construyendo haciendas, dejando de tener palatinamente ese nombre cuando se convierte en calle, flanqueada por el urbanismo que va creciendo. Esa calle Real conducía en 1753 a la plaza y a la iglesia, inmediatas ambas, constituyendo entre las dos el centro y la referencia principal del casco urbano. Desde la plaza, la calle Real se bifurcaba en dos: una hacia el norte y otra hacia el oeste. Al parecer la calle Real, tomando dirección oeste, llegaba, cuanto menos, hasta un puente que cruzaba el arroyo, sino más. Atravesando éste partía otro ramal con dirección al barrio del Perché, cuyo nombre debe ser posterior al CdLE porque no se le cita como tal. Este segundo ramal urbano tomaba la dirección de una zona importante de cultivos (La Hoja del Cabezo, el arroyo de Cabezón, las fértiles tierras de la Casalanca...) y por otro marcaba la dirección que con los ganados debían seguir los curieles en sus anuales viajes de trashumancia a Extremadura, donde la gran mayoría de los que se calificaban como pastores llevaban su ganado ovino y caprino durante 6 meses, según consta en el CdLE. Los ganados de Valdesangil debían tomar el camino a Fuentebuena y de ahí, a través de Naval moral, hasta enlazar con el Camino Real, que en dirección sur conectaba con la principal y antigua Vía de la Plata, que les

conducía a Extremadura. La anchura de uno de los dos caminos que desde Valdesangil lleva a Fuentebuena habla de la insistencia en el paso de ganados, de ahí que precise más amplitud. Hay dos caminos: uno más recto, con ancho general como mucho para carros y otro, con más rodeo, con anchura en términos de trashumancia como poco para ser considerado *vereda*.

La otra calle importante era la que iba en dirección norte, cuya prolongación en camino llevaba a las tierras de cultivo y a los prados en esa dirección hasta el propio pie de la sierra. De ésta no consta un nombre concreto, pero pudo llamarse la calle de Arriba, como se dice en el CdLE y ha llegado a la actualidad. En torno a esas tres direcciones que definían las necesidades más importantes de Valdesangil, se fue edificando el tejido urbano, que a mediados del s. XVIII estaba conformado, si bien había vacíos interiores que han llegado hasta el presente. De las calles partían callejuelas flanqueadas por casas y corrales de más o menos enjundia, la mayor parte de ellas cerradas en su final, mostrando un urbanismo surgido de la necesidad e improvisación, pobre, humilde y tosco, que definía la forma de vida y de ser de los curieles. La construcción de la iglesia parroquial a partir de 1715, precisamente en la intersección de las calles principales (*Plazuela de la iglesia*) y al lado de la Plaza, marcaba intencionadamente el centro del casco urbano y servía de referencia para los curieles.

El CdLE sitúa las casas por barrios y calles. Los barrios no eran grandes ni precisos en algunos casos, simplemente servían para posicionarse individualmente. Barrio de Arriba, de Abajo, del Merino, del Arroyo, de la Iruela, de la Plaza, del Cementerio (ligado a la iglesia hasta que fue posible enterrar en su interior), del Cerrado y de la Entrada son los que constan en el CdLE.

La situación urbanística en 1753, respecto a los momentos iniciales del siglo, contaba a su favor con la importancia que implicaba medio siglo de evolución, en el que la población había crecido y, por otra parte, con la construcción de la iglesia y la consolidación definitiva del casco urbano. Por tanto la situación no sería exactamente la misma en el inicio del XVIII que 50 años después. Hemos de suponer a principios del siglo las calles mencionadas aún no como una alineación continua de construcciones, sino con numerosos vacíos ocupados por prados o zonas de cultivo de los que se fueron segregando las parcelas que daban a la calle para construirse casas con ese orden. La propia iglesia y la casa del cura se construyen en una zona donde había prados todavía.

A mediados del XVIII había 120 casas habitadas o habitables en Valdesangil. De ellas 74 eran de cuartos bajos (*todo a un andar*), 3 de cuartos altos (suponemos que debajo estaba la cuadra para el ganado) y 43 de cuartos altos y bajos. La casa tipo tenía una fachada en torno a 4'41 m de largo por un fondo de 9'88 m, lo que las convertía en un tipo de construcción doblemente más larga que ancha. Este concepto de la vivienda se repetía sistemáticamente en la totalidad de las casas. Por lo que ha quedado de ellas que pueda reconocerse, eran casas con pocas ventanas. Apenas un ventanuco, situado muchas veces en la cocina, con salida a la calle o en la zona trasera, además de la puerta,

eran la única comunicación con el exterior. Ese ventanuco se encontraba muchas veces en la cocina, sobre todo en las casas de dos plantas, en la que ésta estaba siempre en el piso alto y servía para evacuar las aguas de los quehaceres domésticos directamente a la calle mediante un conducto esencial cercano al fregadero. La presencia de vanos en las construcciones admitía el riesgo de que el frío externo penetrara dentro, por lo que se reducía al máximo el número de ventanas y su tamaño. Esa era la única ventilación, por lo que podemos imaginar que su falta daba a las casas, como mínimo, un pertinaz olor a humo proveniente del fuego continuo de la chimenea.

La superficie media de la parcela edificada estaba en torno a 45 m<sup>2</sup>, lo que convertía a los casos de cuartos altos y bajos en unos 90 m<sup>2</sup> totales, una superficie habitable suficiente. Pero ya se ha dicho que eran casi el doble las casas de una planta sobre las de dos, con lo que tal superficie habitable era mucho menor. Ni siquiera las familias de mejor economía tenían una casa que pudiera decirse destacada de las demás<sup>26</sup>. Ello da idea de la modestia real que en realidad tenían las mejores posiciones económicas. Solo 3 casas en el pueblo superaban los 100 m<sup>2</sup> de planta y en ellas habitaban gentes de poca hacienda en general<sup>27</sup>. Hay que tener en cuenta, tratándose de economías modestas, que la envergadura de la casa estaba directamente relacionada con el coste en medios, trabajo y tiempo. Quedaba bastante lejos de lo que son las necesidades y los abundamientos de nuestro tiempo. Hacerlo pequeño implicaba el ahorro en barro para el trabado de la mampostería, el adobe y/o el tapial, el acarreo de piedra y la madera, que por más que pudieran ser gratuitos en bruto, había que transportarlos y luego disponerlos. Lo pequeño pero esencial era más útil, por eso fue más reducido, por eso y seguramente porque se hacía como se habían visto hacer tradicionalmente, aunque lo planificara uno más experto al que recurrirían al menos para organizar la estructura.

De los 117 vecinos que había en 1753, 71 eran propietarios de una casa, 17 tenían 2 y solo 3 vecinos tenían 3 casas. Otros 3 solo poseían parte de una. Por el contrario había 23 (el 19%) que carecían de casa en propiedad, viviendo en alquiler o compartiendo con algún familiar. Muy pocas eran las viviendas deshabitadas. Eran casas modestas, fueran de una planta o de dos, de baja altura y con una forma de construcción elemental que las hacía endebles y poco duraderas. En la puerta, dos

---

26 Así el labrador de buena posición Francisco Márquez, que además de ser labrador y tener tierras para el cultivo de cereal y lino, poseía 3 viñas, 1 prado y 140 cabezas de ganado ovino y caprino, vivía con su mujer y sus 2 hijos en una casa con cuartos altos y bajos de 62 m<sup>2</sup>. Un caso parecido era el de Francisco Sánchez Carretero, que para lo que era la media de Valdesangil tenía una hacienda destacada en tierras de cultivo, ganados e incluso 2 casas más de la que habitaba y un pastor asalariado, pero vivía en una casa de cuartos bajos de 24 m<sup>2</sup> con su mujer y sus 2 hijos. Un ejemplo más era la viuda Teresa Sánchez Carretero, con una hacienda aceptable en tierras y ganados. Vivía en una casa de cuartos altos y bajos de 92'9 m<sup>2</sup> totales con sus 3 hijos.

27 Era el caso de la viuda Catalina Sánchez que vivía sola en la segunda casa más grande del pueblo, salvo error (308 m<sup>2</sup> totales; 154 m<sup>2</sup> de planta), de cuartos altos y bajos además de otros edificios anejos para el ganado y no poseía ni tierras, ni ganados. También es el caso del jornalero Joseph Martín Colorado que vive en una casa de dos plantas y corral con una superficie de planta de 197 m<sup>2</sup>.

pilares de granito sujetaban un dintel, a veces mejor tallado (en estos casos en algunas ponían el año de su construcción), otras eran de talla tosca según la humildad de los futuros habitantes. Todo lo demás era mampostería trabada con barro rojo, dispuesta generalmente con poca maestría, que aún puede observarse en las que quedan en pie. Esa mampostería se ocultaba, como mínimo, mediante un enfoscado de barro, luego enlucido de cal, que protegía de la entrada de frío. En los corrales, en cambio, la mampostería era vista. La generalidad muestra una técnica elemental y deficiente, en la que parece buscarse el ahorro de tiempo y material, y en la que la tradición constructiva es de ideas pobres. El hecho de que no aparezcan en el CdLE albañiles ni profesiones que se les puedan asimilar, unido a la pobreza en el arte de levantar lienzos de pared al que he aludido antes, hace pensar que el levantamiento de todas o buena parte de ellas se llevaba a cabo por el futuro morador y algunos familiares o jornaleros contratados como ayuda, que habían aprendido lo elemental de esa técnica en su entorno consuetudinariamente, ayudados y aconsejados todo lo más en aspectos como la estructura interior (siempre de madera) por algunos con mejor pericia o expertos sin título venidos de los alrededores.

La forma de edificación más antigua fue posiblemente la que englobaba en una misma pieza la casa, uno o varios corrales adosados y lo que se conoce tradicionalmente en Valdesangil como un *portal*, que era una especie de patio cerrado, mayor o menor en superficie según los casos, siempre antecedente físico de la casa y del corral. Este portal, que estaba entechado en parte, constituyendo una especie de porche delante de la casa, servía como zona de taller, depósito de leña y mantener cercanos y bajo control a alguno de los animales domésticos. Pero con el tiempo estas unidades fueron segregándose a distintos propietarios de tal forma que podían pertenecer las subunidades que las componían a varios, siendo el portal compartido. De los 30 portales que se citan en el CdLE solo en 7 casos tienen una casa adosada que es del mismo propietario y solo un caso mantiene lo que sería la unidad original casa-corral-portal y parral. Un parral consistía en un espacio contiguo a la casa, bien definido, con una zona cubierta por una vid trepadora (al menos en origen) que proporcionar vino para una familia.

Salvo el orden que había implicado construir a los lados de los caminos principales, convirtiéndolos en calles y marcando con ello una forma de ordenamiento, existió en general un verdadero desorden urbano, motivado por las construcciones que se adosaban unas a otras sin otro criterio que apoyarse y obtener una fachada, dado que no había ventanas laterales que pudieran interferir en los adosamientos. Muchas veces lo que se adosaba era antes que nada un corral, si había espacio para ello; incluso se había construido la casa con su corral adosado, si no se pertenecía a un portal, el cual servía para guardar a los animales y su comida almacenada en un desván construido con madera y también en algún punto, para las necesidades fisiológicas de los miembros de la familia, puesto que no había en las casas espacio para tales cosas.

El aspecto de Valdesangil era de una gran humildad y pobreza, con las casas bajas, incluso las de dos pisos, formando calles y callejuelas, mezclándose casas con corrales,

las calles sin empedrar en la mayor parte de sus tramos o en ninguno, embarradas y sucias, sobre todo en invierno. Un dato que puede ayudar a ratificarlo está en la Santa Visita de 1814 (se hacía periódicamente por un representante de la diócesis de Plasencia para controlar a la parroquia y recaudar por los oficios religiosos). En el acta que levanta escribe que debe empedrarse el entorno de la iglesia, ya que en invierno es un lodazal y provoca humedades en el templo. A ello, escribe, deben contribuir los vecinos con sus yuntas acarreado piedra. Sin duda cualquier mandato de la Iglesia en este sentido era una orden para los curiales. Parece tener más capacidad ejecutiva que el representante en Valdesangil del Corregidor de Béjar, que debía tomar tales decisiones implicando a los vecinos.

El abastecimiento de agua era sin duda un factor fundamental. Hasta mediados del s. XIX no se construyó la fuente inmediata a la plaza de Arriba (*El Pilar*). La fuente de la plaza de Abajo depende de la de Arriba, por lo tanto debe ser contemporánea de la primera, aunque la plaza de Abajo como tal no se construyera hasta los primeros años del XX. Es evidente que los curiales necesitaban agua y la del arroyo desde la baja primavera no sería suficiente, ni sana. Pocas casas tenían pozo. A través del CdLE sabemos que en la zona sur del casco urbano, a la entrada del pueblo, había al menos dos fuentes que aún existen. Una la llamaban la *Fuente Buena*. La otra debe ser la hoy conocida como *Fuente Vieja* (¿Fuente Blanca en origen?), sin duda llamada así por haber en un momento dado una más nueva, que pudo ser la próxima de *Fuente Buena*, hoy particular. Se cita vagamente otra *Fuente Blanca*, tal vez en la zona oeste. No hay rastros de otras en el casco urbano que se puedan remontar al s. XVIII. Es probable que en fincas inmediatas al pueblo hubiera manantiales organizados, quizá en forma de pozos, que pudieran surtir del agua necesaria.

Aunque no lo conocemos expresamente a través de documentación, es probable que el arroyo estuviera organizado en pequeñas balsas en las que las mujeres lavaban la ropa, además de en los pozos de fincas particulares. Hasta finales de los años 70 del s. XX, en que las casas tuvieron agua corriente, estos lugares servían para lavar la ropa doméstica y de reunión con todas sus consecuencias, donde se comentaba la actualidad local y tenían lugar disensiones, riñas y alianzas. Se trataba de pequeñas y toscas balsas en zonas apropiadas del curso del arroyo en las que se mantenía estancada una parte del agua, creándose lavaderos a base de colocar lanchas de piedra en los bordes.

Sin necesidad de recurrir gratuitamente a la ficción literaria es posible imaginar la vida diaria en Valdesangil por el día y la noche: el trasiego continuo de gentes por las calles a sus faenas, sin tiempo que perder para obtener lo necesario, con el atavío propio de la ropa de diario, pobre, en muchos casos en mal estado, yendo y viniendo, cuando era el momento exaltados con la llegada de las fiestas o con la venida de los pastores que regresaban con sus ganados de Extremadura en primavera, justo para sumarse a la recolección... Especialmente impactante debía ser el aspecto nocturno en cualquier tiempo del año, sumido en la oscuridad, solo iluminado por el tránsito de algunos vecinos acompañados de sus faroles para orientarse. En invierno



aún sería más sobrecogedor. No será mera especulación literaria imaginar también al cura, que tanto trabajo tenía con el fallecimiento continuo de curieles, saliendo de la iglesia, ataviado para los oficios reglamentarios, acompañado de los monaguillos provistos con los utensilios apropiados para el caso, del sacristán y de los miembros de algunas de las cofradías en dirección a la casa de un enfermo grave al borde de la muerte, al que era necesario asistir en tales momentos. Ni será menos sobrecogedor ni difícil de imaginar las escenas que hubieron de vivirse con tanta frecuencia, en las que enfermos agonizantes yacían en las alcobas de las pobres casas o por el contrario las más afortunadas de los nacimientos, con todas sus incertidumbres sobre la criatura y sobre la propia madre, asistida por las mujeres más expertas del pueblo en esas lides y sus familiares más directos, con los conocimientos aprendidos de generación en generación. O los propios velatorios en las noches reglamentarias antes de dar sepultura al cadáver al día siguiente, con la propia tragedia de la muerte, acrecentada tantas veces con la incertidumbre del porvenir cuando el fallecido era el padre de la familia y los dejaba tan expuestos los rigores de la pobreza. Tampoco serán difíciles de imaginar las escenas interiores en las casas cualquier noche, a la luz del candil y de la chimenea, las de las comidas y las cenas... todas siempre impregnadas en la vida humilde por sí misma de aquellas gentes y en todo lo que confería ese tiempo.

## 5. CAMPO, LABRADORES Y PASTORES CURIELES

Ya he dicho al principio que el término de Valdesangil no era especialmente rico en recursos, pero tampoco se puede considerar paupérrimo. Condicionaba además notablemente la cantidad de familias que dependían de los recursos. La explotación ganadera y cinegética de la sierra (los Picos de Valdesangil) se complementaba con la de las tierras del fondo del valle, en las que alternaban cultivos con prados para el ganado vacuno, equino y, en los veranos, ovino-caprino, que servían de abono. Los suelos no favorecían una agricultura intensiva productiva, ya que como se ve en el CdLE casi la totalidad de las tierras destinadas al cereal de secano se sembraban un año de cada tres y con un rendimiento en torno a 3-5 a l<sup>28</sup>. A estas circunstancias había que añadir las plagas de langosta y los años de sequía que asolaban de vez en cuando las tierras del interior y contra lo que poco podía hacerse.

El CdLE habla para 1753 de tres cultivos fundamentales: el centeno para secano (536 parcelas), el lino en las zonas donde era posible el regadío (113) y las viñas (81), además de 11 huertas de regadío y 67 parrales, que servían para proporcionar cosechas domésticas de vino. Solo en 10 parcelas donde se cultivaba lino, éste se alternaba con trigo para regenerar el suelo. Entre todo ello, donde no era favorable el cultivo, había 10 prados de regadío y 44 que no lo eran. Las huertas de regadío proporcionaban las patatas tan necesarias para calmar el hambre, además de otros frutos para el consumo

---

<sup>28</sup> DEFOURNEAUX, Marcellin. *La vida cotidiana en la España del siglo de Oro*, Barcelona. Argos Vergara. 1983. p. 98.

particular y ser vendidos en Béjar. El resto del territorio eran baldíos comunales donde pastaban los ganados y se practicaba la caza, recogían los curieles helechos para las camas de los animales domésticos en los establos, socarrar el cerdo en las matanzas, además de los piornos y la leña que era posible cortar para el fuego de la chimenea. La presencia de castaños en diversos puntos servía de complemento alimenticio, sobre todo a quienes no tenían de lo demás.

En el CdLE, la propiedad aparece distribuida en dos bloques: uno es el que pertenece a propietarios que no la trabajan y que la habrían obtenido, bien por herencias antiguas o bien por donaciones en testamentos. Ese es el caso por ejemplo de algunas tierras de monte, prados de regadío y linajes del mayorazgo correspondiente al Conde de Monterrón (un aristócrata de Mondragón afincado en Salamanca) o prados del convento de la Piedad y del convento de Arriba (ambos en Béjar), o los Prados del Cabildo, a los que hay que añadir otros que estaban bajo arriendo a campesinos curieles sujetos a censos redimibles. El otro bloque es el de los curieles que trabajaban directamente sus propiedades o las tenían en arriendo directo o mediante censo redimible. En mayor o menor medida, dependiendo de la cantidad, que casi en todos era poca, vivían en un régimen de subsistencia, ya que la calidad de la tierra no era la mejor. En estos casos la propiedad se encuentra repartida entre todas las profesiones, si bien, como es lógico, los labradores tenían más cantidad que los pastores, que no la precisarían, en principio, en la misma medida, pero les resultaba necesaria porque el pastoreo no garantizaba solvencia absoluta. Solo 7 familias de los 48 declarados como pastores no poseen propiedades. En realidad solo un pequeño porcentaje de familias no poseían ninguna tierra para cultivar. Fuera pastores, labradores o jornaleros, casi todos tenían tierras de cultivo en mayor o menor medida. Algo más de un tercio (considerados por el CdLE *Labradores*) poseían tierras con cultivo de centeno, lino y al menos una viña. De todos ellos un par de familias eran propietarios, además, de un huerto donde cultivar hortalizas y legumbres. En esos casos, con esa hacienda aceptable para garantizar la supervivencia de una forma un tanto superior al resto, unían, además, un rebaño de ovejas-cabras mayor o menor con la complementar una economía mixta. Estos eran sin duda los vecinos de mejor posición, sin que fuera verdaderamente muy desahogada, puesto que dos o tres malas cosechas propiciadas por una sequía (por ejemplo la de 1711 y 1712, o las que hubo a mitad del siglo), unidas a una epidemia del ganado o una plaga de langosta (1711 y 1712 o 1754 a 1758)<sup>29</sup>, podía arruinar a economías tan endeblas con poca capacidad de reacción. Su precariedad, unida a la asfixia de los impuestos inevitables<sup>30</sup>, fue siempre un obstáculo para que los curieles tuvieran en el

29 ALBEROLA ROMÁ, Armando. "Plagas de langosta y clima en la España del s. XVIII". *Relaciones (Zamora)*. Vol. 33, nº 129. Zamora. 2012, pp. 21-50.

30 Los curieles pagaban impuestos al duque de Béjar (37% de los impuestos), al rey (30%) y a la Iglesia (32%). A la Iglesia le debían entregar el 10% de la producción anual, al duque le pagaban las alcabalas, un impuesto en torno al 10% sobre las ventas que hicieran. En total se calcula que cada familia

s. XVIII alguna posibilidad de mejora real generalizada que les sacara de la precariedad, así como para que destacaran algunos propietarios con auténtica entidad.

Cultivaban generalmente pequeñas parcelas que habrían ido obteniendo desde finales del s. XVII y primera mitad del XVIII, tal vez mediante la compra de porciones a grandes propietarios aristocráticos<sup>31</sup>, en medio de una coyuntura de abaratamiento de la tierra propiciada por la crisis generalizada del XVII. Como ya se ha dicho, más de un tercio cultivaba centeno, lino y vides, casi otro tercio compartía centeno y lino, y una pequeña parte tenía alguna tierra con solo centeno, lino o una viña. Se entiende en estos casos que era gente de economía muy humilde, sobre todo porque tampoco tenían ganados. La importancia del vino en la vida diaria se manifiesta en el dato de que casi la mitad de los curieles tenían viñas propias. Dos viñas poseían 17 vecinos y 4 vecinos 3. A pesar de que no había un tabernero declarado en 1753, es de imaginar que el excedente de vino, si lo había, sería comercializado de alguna manera, bien en forma de venta directa o mediante alguna taberna temporal, como sucedía también en Béjar<sup>32</sup>. Lo que parece claro es que el vino alegraba y aliviaba la vida nada fácil de los curieles y eso les llevaba a procurar tener viñas propias.

El centeno era el cereal de secano que se cultivaba casi con exclusividad. El lino, fue un cultivo muy popular sobre todo en la segunda mitad del s. XVIII en Castilla, porque era más barato que la seda y el algodón. Se cultivaba en suelos profundos con humedad suficiente. Aún quedan actualmente los topónimos de *Los Linares* y *El Linarito*. Por el CdLE sabemos que en las zonas de linares se cultivaba tanto linaza (para hacer aceite o harina), como lino para los tejidos. En ese tiempo en Valdesangil había tres tejedores de lienzo, todos de la misma familia (Rodilla), uno de ellos además era sacristán. Dos de ellos, veinteañeros, debían dedicarse con exclusividad a la tarea de tejer, porque no poseen apenas tierras, ni ganado que no fuera para el consumo anual (cerdo). El sacristán, sin embargo, al que imaginamos padre de los otros dos, tiene una posición desahogada con lo que percibe por ayudar a los servicios religiosos (tan numerosos), además de ser notario de los testamentos, con el rebaño de cabras y ovejas y las tierras de cultivo de las que es propietario. Que criara 4 cerdos en 1753 indicaba que en su casa no había carestía, teniendo en cuenta que solo tenía con él a su

---

podía pagar 114 reales al año (J.L. de las Heras Santos: "Historia social del estado de Béjar en la Edad Moderna", en *Historia de Béjar*, tomo I, 2012, p. 397).

31 Al margen de la citadas, una zona bien definida de cultivos (*hoja u oja*) se llamaba Llano Marqués. La propiedad general pudo estar en manos del duque de Béjar hasta el s. XVI, enajenándose por partes a partir de entonces en función del crecimiento demográfico paulatino de los nuevos curieles y también con ventas o donaciones a la Iglesia o a aristócratas con influencia en la zona, como el citado conde de Monterrón.

32 Joseph Martín Colorado, que se declara jornalero a pesar de que poseía tierras donde cultivaba centeno, alguna de buena calidad, mantiene también tres viñas y en su casa de cuartos altos y bajos del Barrio de Arriba tiene una bodega con tres vasijas. El hecho de que esto aparezca en el CdLE como algo específico hace pensar que este hombre comercializara vino de alguna manera, tal vez como tabernero eventual.

mujer y a un hijo de 16 años. Quizá los criaba también para sus hijos casados. El lino era objeto de donaciones (*mañas* de lino) a las cofradías con el fin de ser subastado en determinadas fiestas.

Por este tiempo los campos de Valdesangil no presentaban el aspecto actual, con las fincas generalmente cerradas marcando las propiedades individuales. El hecho de que se citen expresamente las parcelas cercadas de pared<sup>33</sup> implica sin duda que la mayor parte no lo estaban, marcándose la propiedad mediante lindes definidas por mojones o simplemente con una franja estrecha no cultivada, como han llegado aún muchas parcelas en ciertas zonas hasta la actualidad. Cercar con pared de piedra era costoso en medios e implicó la tarea paulatina de varias generaciones.

Existía sin embargo todo un catálogo de topónimos que identificaban los lugares, lo que habla del uso intensivo que se le daba al territorio. En las zonas de cultivo había una primera división por Hojas u Ojas, que marcaba zonas homogéneas, ya fueran por su orografía o por la dedicación que se practicaba<sup>34</sup>. Esas zonas se diferenciaban de sus vecinas, de ahí que tuvieran un nombre particular. Dentro de cada hoja se aplicaban topónimos menores que definían algún rasgo característico<sup>35</sup>. Casi todos los topónimos en 1753 han llegado a la actualidad sin alteración, solo una minoría se ha corrompido lingüísticamente tendiendo a la mayor facilidad de pronunciación<sup>36</sup>. El abandono hoy en la intensidad del uso hace que se vayan perdiendo muchos de aquellos nombres al haber pasado a ser terrenos baldíos sin aprovechamiento de ningún tipo que no necesitan nombrarse.

## 6. LOS CURIELES Y SU SOCIEDAD

La situación general y sus contextos construían un panorama general en el que las diferencias sociales entre los curieles no se traducían con claridad en grandes distancias. Las que se producían no eran importantes y eran sobre todo coyunturales, con la precariedad propia de unas bases poco consistentes que permitían progresos, por ejemplo, a una generación a través de alguna herencia y por la destreza mostrada por algún campesino en gestionar con éxito los recursos de que disponía. Pero ese éxito valía para una generación, tal vez para dos, porque en seguida se iba diluyendo en un contexto cambiante entre una población general que podíamos decir de “clase media” dentro del panorama exclusivo y para entendernos ahora de los curieles.

33 Aún perviven topónimos que aluden a la excepción que implicaba un lugar cercado en su entorno: el Cerrado de las Monjas (*El Cerrao* actual), la Cerrada (*La Cerrá*), Las Cerradas, el Cerrado Valle (*El Cerravalle*), el Cerrado de la Asomadilla, el Cerrado Luengo, el Cerrado del Cabildo Eclesiástico, la Cerrada Llana (*La Cerrallana*), Los Cerradillos, Las Talanqueras (seguramente por estar cercado con elementos vegetales) o Las Cortinas.

34 Por ejemplo, *La Oja del Valle*, *Oja del Bardal*, *Oja de la Covacha*, *Oja de Llano Marqués*, *Oja del Cabez*...

35 Por ejemplo, *La Cueva*, *El Raigal*, *Las Heras*, en la *Oja del Valle*; *La fuente*, el *Cerrado del Valle*, en la *Oja de Oyo Moro*...

36 Por ejemplo, *La Gil Merina* por *La Germerina*, *El Cervunal* por *El Cirvunal* o *Las Badesas* por *Las Baesas*.

Quiero decir que existía una especie de clase media que, aún dentro de una economía de subsistencia, a veces por golpes de la suerte y de la propia habilidad de personajes concretos, permitían destacar un poco sobre los demás, proporcionando una vida sin el agobio de la carencia (el hambre); pero esa diferencia no era tan considerable como para que pasara con claridad, ni hubiera pasado en el tiempo inmediato, a las siguientes generaciones de forma que se hubiera forjado una clase con cierto dominio (no exactamente dominante) con destacados recursos, en detrimento de los demás, dado lo limitados de los recursos disponibles.

La posición más cómoda de algunas familias se podía medir en la combinación de ganados (más de 100 cabezas, por ejemplo) y tierras suficientes para el cultivo. Pero por más que tuvieran esa posición nunca dejaban de ser humildes campesinos, aunque destacaran algunos progresando por medio de la compra de tierras, en ocasiones en perjuicio de los que no podían pagar una deuda, cayendo en una situación precaria en la que se convertían en jornaleros a expensas del trabajo que pudieran ofrecer los propietarios de tierras y/o de ganados. Aun así esto no llevó en Valdesangil a fortunas destacables proporcionales a su nivel<sup>37</sup>.

En Valdesangil no había aristócratas, ni profesionales de altura como notarios, escribanos, abogados, médicos... que tuvieran garantizada una base económica estable y al margen de lo campesino. Los denominados *Labradores* en el CdLE mantenían una posición mejor que los *Pastores* y estos a su vez mejor que los *Jornaleros*, que dependían fundamentalmente de los primeros. Estos jornaleros procederían de familias con pocos recursos, gentes llegadas a Valdesangil por matrimonio u otras razones o por la poca fortuna que tuvieron sus operaciones de riesgo, que les llevaron al endeudamiento y a la pérdida de lo poco que poseían queriendo prosperar. El CdLE muestra una fotografía exacta de la situación en 1753:

Labradores	26	Sacristán	1
Pastores	48	Barbero	1
Jornaleros	10	Viudas	24
Tejedores	2	Mozas solteras	2
Herrero/cerrajero	1	Mozos solteros menores	2
Carpintero	1	Impedido	1
Sastre	1	Cura	1

Posiblemente no se consideró la inclusión de alguno de los pobres de solemnidad que también habría en Valdesangil en ese momento. Al no poseer absolutamente nada con lo que contribuir a las arcas del Reino, fundamento del CdLE, el documento les ignora. Sí aparecen sin embargo en el libro de defunciones cuando el cura anota que

<sup>37</sup> Por la información del CdLE había unas 16 familias (entre ellas dos viudas) que tenían una posición desahogada dentro del contexto general. Por el contrario había otras 12 que podían calificarse de pobres, entre ellos 4 eran viudas; 22 familias eran muy pobres, entre las que había 8 viudas.

se les hace entierro de misericordia o cuando no testan *por no tener de qué*. También en ocasiones había pobres (*pobres vagos*) circunstanciales que hacían escala en Valdesangil en su peregrinar pidiendo limosna de un sitio a otro. Transitoriamente caían por allí personajes errantes cuya vida no tenía un destino ni estructura alguna<sup>38</sup>. Eran pobres vagos que iban de pidiendo limosna sin trabajar, ya fuera porque no querían hacerlo, no podían dado su miserable estado, padecían algún tipo de enfermedad mental o no se daba en ellos la confianza para encomendarles algún trabajo. A veces estos personajes eran una pareja y tenían un hijo a su paso por Valdesangil, quedando reflejado su bautizo en las actas de la parroquia<sup>39</sup>. Lo que fuera del recién nacido en tales circunstancias puede imaginarse sin errar mucho.

En general los labradores tenían un estatus más alto que el resto por poseer una hacienda combinada de tierras y ganados. Solo una pequeña parte no eran propietarios de tierra, pero sí arrendatarios. Casi todos tenían rebaños de ovejas y cabras en su hacienda, que unían a las tierras que poseían y cultivaban. Tanto era así que casi un tercio del ganado ovino y caprino les pertenecía, a pesar de no declararse pastores. Otro dato habla con claridad de la preeminencia económica y por tanto social que significaba ser labrador: de los 48 que se declaran pastores, solo 3 alcanzaban a tener entre 151 y 161 cabezas, mientras que entre los Labradores había 5 que superaban aquellas cifras, incluso 2 de ellos tenían más de 200 cabezas. Además poseían casi todos ganado bobino y equino para las faenas de tracción en el campo y buena parte de ellos (el 73%) criaban cerdos para la matanza, mientras que entre los pastores sobrepasaba en poco la mitad los que podían disponer de los productos de la matanza para hacer frente al consumo de carne de cerdo en todo un año. Otro dato nos puede dar idea sobre la calidad y la cantidad alimentaria de los curieles, siendo el cerdo un valor importante: solo el 61% de los curieles tenían algún cerdo para la matanza anual.

Los pastores constituyeron un gremio más sacrificado. Eran familias que dependían sobre todo de su ganado y con suerte tenían alguna tierra en la que cultivar centeno 1 de cada 3 años o alguna viña de la que obtener vino para alegrar las penas. Sin duda se dedicaban al pastoreo porque no disponían de tierras para ser propiamente labradores. Los pastos que ofrecía el territorio de Valdesangil no daban para las 7.566

---

38 En 1743 vivía en Valdesangil una *pobre y vaga* llamada Juliana González que procedía de Galicia, como también fue el caso en 1727 de un tal Nicolás de Parga, pobre de solemnidad que *procedía de Mondoñedo (Galicia)*. Ese mismo año una mañana del mes de enero la encontraron muerta en un portal donde se había refugiado. Al no poseer nada se le dijo una misa cantada de misericordia sin más. Algo parecido sucedió en 1751 con un tal Joseph García, de Segovia. También 1760 había un pobre de solemnidad de nombre Carlos Balcarce, que era natural de Trebes, *obispado de Astorga (Galicia)*, que había sido ermitaño en la ermita de la Oliva, en Plasencia, lugar que los curieles frecuentaban con sus ganados en los inviernos, razón por la cual habría recalado en Valdesangil, donde vivía con su esposa y murió.

39 En 1750 Sebastián González y Antonia Pulido, de Pravia, en la zona de Oviedo bautizan a un hijo. En 1753 Juan Hernandez, de la Fuente de San Esteban (Salamanca) y Águeda Serrano, de San Miguel de Serrezuela (Ávila) bautizan otro. Igual sucede en 1766 con Isidoro del Arroyo y M<sup>a</sup> Jacinta de la Cruz, que son de Llerena y Alchice (Sevilla)

cabezas de ganado ovino y caprino declaradas<sup>40</sup>, ya que pasaban todos o muchos de ellos en tierras de la alta Extremadura<sup>41</sup> los 6 meses más fríos, para regresar en el verano y pastar en los baldíos de Valdesangil y en los rastrojos de los campos de cultivo, contribuyendo al abono de estos<sup>42</sup>. Algunos pastores ceden la lana de sus ovejas y por tanto uno de los beneficios del pastoreo, a los dueños de los terrenos donde pastaban, obteniendo ellos solo el beneficio de las crías y de la leche. Quedaban en el invierno los pobres pastos de los baldíos de Valdesangil para exiguos ganados de los pastores o jornaleros más pobres y para algún labrador con poca piara. En el caso frecuente de los labradores con buenos rebaños, algunos tenían pastores contratados para llevar los ganados a Extremadura y es de imaginar que otros pagaban a determinados pastores por el cuidado de su ganados, permaneciendo ellos en Valdesangil al cuidado de sus tierras. Los libros de difuntos parroquiales hablan de pastores que mueren en esta actividad fuera de sus casas, ya sea donde pastan los ganados o por el camino cuando el pastor ha comprendido que su enfermedad es seria<sup>43</sup>. El hecho de que siempre sean hombres los fallecidos se suma a otras razones ya expuestas para creer que viajaban exclusivamente ellos, quedándose las mujeres con los hijos en Valdesangil. También algunos labradores tenían criados que les ayudaban en los trabajos de sus haciendas. Eran pocos. Eran hombres que vivían con el amo y se diferenciaban de los jornaleros en que tenían un sueldo fijo. Alguno de los viudos tenía una criada, así como el cura.

Ya he dicho que los jornaleros no eran una clase favorecida. Dependían de los demás porque no tenían recursos para ser autónomos. Si no trabajaban no tenían para comer, puesto que las tierras de las que disponían, los que tenían alguna, no eran suficientes y los ganados pocos. El sueldo diario de un jornalero estaba en 2 reales al día<sup>44</sup>. Entre los 10 jornaleros que se identifican como tales en el CdLE, 3 familias carecen de un cerdo para la matanza anual y el número de cabezas de ganado ovino/

40 Según el CdLE 5.528 ovejas y 2.038 cabras, que posiblemente fueron más porque es de imaginar que se ocultaran datos al registro con el fin de pagar menos impuestos.

41 Según el CdLE los ganados curieles pastaban 6 meses en otoño e invierno la mayor parte de ellos en diversas dehesas de las inmediaciones de Plasencia, pero también en Galisteo, Granadilla, Trujillo, Serradilla y Mirabel. Solo un caso lo hace en la Dehesa de la Cartala, en Alba de Tormes. Hacia 1768 también hay constancia del uso de los pastos de La Garganta.

42 Solo algunos privilegiados podían pastar en este tiempo en zonas de buenos pastos como la Garganta de los Caballeros en la sierra de Gredos, seguramente al lado de algunos de los grandes rebaños de poderosos propietarios bejaranos. Incluso consta que algunos pastores curieles trabajan para el poderoso hacendado bejarano don Antonio Pizarro haciendo de pastores, como Gabriel y Joseph Martín Colorado y Manuel de Marcos de 22, 18 y 21 años respectivamente.

43 Por ejemplo a Juan Sánchez Vallejera le trajeron con delirios desde Villar de Plasencia donde guardaba ganados, falleciendo poco después. En noviembre de 1763 fallece Fco. Lorenzo Sánchez en El Puerto cuando iba de camino a Extremadura. En 1768 muere en La Garganta el pastor Juan Martín Colorado donde era pastor. La misma suerte corren dos pastores en febrero de 1769 y marzo de 1791 que se hallaban como pastores en la zona de Plasencia. Al parecer cuando el mal se presentaba muy serio volvían a Valdesangil, por lo que algunos mueren por el camino haciéndolo constar el cura en las actas.

44 LÓPEZ BENITO, C. Isabel. "La sociedad salmantina en la Edad Moderna", en A. Rodríguez (Coordinador): *Historia de Salamanca*, Tomo III, Edad Moderna. Salamanca: Centro de Estudios Salamantinos. 1999, p. 223.

caprino que poseían representaba tan solo el 4% del total de las que había. Eran por tanto la gente más humilde y expuesta al lado de las viudas con poca hacienda, que eran la gran mayoría. Quedarse viuda en Valdesangil y en cualquier parte en el s. XVIII, tratándose de economías humildes, era generalmente caer en un cenagal en el que al contrario de salir, se hundían cada vez más. Una viuda pobre tenía que dedicarse a cuidar a los que necesitaban transitoriamente asistencia; estaban siempre a expensas de trabajos para mujeres que le ofrecieran, si había algo que ofrecer.

No es extraño que aparezcan casos locales, o de mujeres forasteras que llegan pidiendo limosna<sup>45</sup>, o alguna ayuda a familiares porque no tienen nada. Posiblemente lo poco que tuvieran al quedarse viudas lo fueron empeñando para sobrevivir hasta perderlo todo. No debía ser difícil quedarse viuda, a juzgar por las que aparecen en el CdLE (24), que representaban el 21% de los vecinos de Valdesangil. Algunas se quedaron viudas con hijos pequeños lo cual complicaría las cosas si tenían alguna hacienda que atender. De las 24 viudas 7 tienen una base patrimonial para salir adelante; las otras poseen mucho menos y algunas no tienen prácticamente nada, con lo cual se convertían a la muerte del marido propiamente en pobres de solemnidad, estado en el que me mueren muchas de ellas. El cura consigna que algunas de estas mujeres aparecen muertas en sus casas. Debían vivir prácticamente de la caridad de sus vecinos y de los repartos de pan que algunos testamentarios dejan estipulado el día de su entierro o al cabo del año de su muerte, como forma de hacer algo por su propia alma. Las viudas que tenían algo que cultivar y algún ganado lo pondrían en manos de sus hijos desde muy pequeños para que fueran una garantía de subsistencia aunque fuera pequeña.

Los profesionales liberales o artesanos, como el carpintero, el barbero, los tejedores de lienzos y el herrero vivían modestamente de sus trabajos sin depender prácticamente de la tierra. El sastre (Francisco Martín Colorado) y el sacristán (Lucas Rodilla), que era también tejedor de lienzos, viven con cierto desahogo a juzgar por las propiedades que poseen, alternando sus trabajos profesionales con el cultivo de tierras y con la propiedad de un rebaño de ovejas y cabras.

Finalmente estaba el cura, que en 1753 era don Diego Gonzalez Correas, de 40 años, originario de Don Benito (Badajoz), que vivía con su padre, con dos sobrinos y una criada. Siendo el tiempo que era, el cura tenía una autoridad capital entre los curiales. Para empezar era el que intercedía ante Dios por sus almas una vez muertos, lo cual implicaba un respeto máximo. Gozaba de una posición económica aceptable, puesto que recibía un porcentaje de las muchas misas, bautizos, responsos y demás rituales que se llevaban a cabo con los vivos y para los muertos<sup>46</sup>. Además, vivía en la

<sup>45</sup> Ver nota 31.

<sup>46</sup> El precio de una sepultura común en 1737 era de 10 reales (se entiende que sería al año o por un periodo muy concreto dada la necesidad de espacios por la frecuencia de las muertes), de una misa común 12 reales; si era cantada 24 y votiva 1'25. A cada poco tiempo tenía que rendir cuentas ante un representante de la diócesis de Plasencia que llegaba en forma de Santa Visita (así lo reflejan los libros parroquiales) que servía para revisar el estado de la parroquia en todos sus aspectos, dejando anotado las



mejor casa del pueblo, grande y espaciosa, con un huerto a poniente que le garantizaba alimentos, además de tener una serie de propiedades del curato como viñas, lineares, etc., e incluso colmenas (era uno de los 3 que las declaraban en el CdLE) y un pollino, imaginable para trasladarle a los pueblos cercanos cuando hicieran falta con premura sus servicios en ausencia del párroco del lugar. Aun siendo esta su situación, su padre no hace testamento en el momento de morir *al no tener de qué*, pero le entierran en la iglesia de San Juan de Béjar, en la capilla mayor, donde ya su hijo dejaba reservado que quería descansar a su lado. Se proveía pues de un lugar privilegiado, marcado por testamento ante un escribano de Béjar (cosa que no hacía prácticamente ningún curiel) con el que hacer frente de la mejor manera posible a la eternidad. Los curas, ya fuera por codicia, porque no tenían mucho propio o por lo que podría suponer para su parroquia e incluso por todo en conjunto, pugnaban a veces con otros párrocos por la ejecución de los testamentos y lo que de ello derivaba en dinero<sup>47</sup>.

Aunque no consta en ninguna parte, es probable que el cura ejerciera de maestro de niños, si bien a tiempo parcial y solo para lo más elemental, porque no era exactamente el maestro. Esto era frecuente en el mundo rural de ese tiempo en el que no había maestros ni escuelas y seguramente el único o de los pocos que sabían leer y escribir y sin duda el que sabía algo más, tenía tiempo y podía enseñarlo, era el cura. El CdLE cita un solo maestro para toda la población de Béjar, de 3.570 habitantes, 1.020 vecinos (incluidos Valdesangil, Fuentesbuena y Palomares), al que se le daba una asignación sumándosele a lo que pagaba cada alumno<sup>48</sup>. Un maestro era impensable para Valdesangil, cuya población infantil desde pronto sería adiestrada en el trabajo, asumiendo pequeñas responsabilidades que iban creciendo y en la que aprender a escribir era mucho, si es que no era otra cosa que a saber firmar, no porque tuvieran que hacerlo asiduamente sino porque en lo que había que hacerlo (testamentos como testigos, bautizos) no saber

---

sugerencias y órdenes que creía conveniente, a la vez recibía la parte correspondiente de las recaudaciones para la diócesis por los servicios espirituales prestados, en los que todo lo relacionado con la muerte tenía un peso muy importante. La liquidación quedaba reflejada en el libro. Ciertamente la muerte, entre unas cosas y otras, era un aceptable negocio porque era algo cotidiano y la salvación eterna lo que había que ganarse con acciones terrenas en la vida y después de la muerte. Recibía el cura también la tercera parte del diezmo que se recaudaba de las cosechas, quedando los otros dos tercios para el obispado y arreglos en la parroquia.

47 En 1764 murió en Valdesangil Florentina Rodilla, viuda y vecina de Navalmoral, que había ido a Valdesangil a visitar a un hermano y a pedir limosna. El cura de Valdesangil manda aviso al de Navalmoral para que le informe si tiene bienes con los que pagar misas por su alma. Como no los tiene, se le dice sin más una misa de misericordia. La salvación del alma de la pobre Florentina quedaba expuesta por falta de recursos. En 1790 hay otro conflicto entre el cura de Valdesangil Tiburcio Sánchez y el de Navalmoral Juan Herrera. Ha muerto Francisco Gutierrez, que vivía en Navalmoral, pero sus herederos disponen que se le entierre en Valdesangil y así se hace. Pero el cura curiel protesta porque se han entregado al cura de Navalmoral 675 reales para sufragios, quedándose los para llevarlos a cabo allí, aunque el cuerpo está en Valdesangil. Ante lo cual deja escrita su protesta en el acta.

48 “[...] que con situado y lo que le dan los muchachos puede producirle un beneficio de 120 ducados al año”. GARCÍA MARTÍN, Pedro. *BEJAR 1753 según las respuestas generales del Catastro de la Ensenada*. Ob. cit. p. 91.

al menos firmar sería humillante. Resulta triste pensar que en todo este siglo nadie que no fuera el cura leyó seguramente un solo libro en Valdesangil.

En todo este ambiente general, que puede calificarse de humilde, la condición humana con algunas de sus particularidades más comunes hacía acto de aparición siempre que podía. Significarse como más pudiente ante los demás era importante. No solo había que tener más, sino mostrarlo también, aunque la diferencia no fuera mucha. Y para ello había ocasiones perfectas en las que no solo se exhibía la diferencia, sino que además se quedaba a bien con la divinidad en beneficio de la propia salvación eterna. Para eso estaban las fiestas por un lado y por otro la muerte, puesto que ésta era también, ya que inevitable, una forma de exhibición del éxito en la vida y de propaganda, aunque fuera a los bajos niveles como los que se movía todo en Valdesangil.

Si bien los cargos en las cofradías no implicaban un prestigio social, al ser rotatorios, las donaciones en fiestas determinadas como en San Antón buscaban emitir un mensaje al resto. Mientras que las familias más humildes donaban para las subastas a la puerta de la iglesia y a la salida de la misa bandejas de mantecados, roscones y manteladas que a lo sumo implicaban la exhibición de las destrezas particulares por la buena presencia del producto, los mejor situados ofrecían a la subasta corderos o chivos de sus rebaños o simplemente se preocupaban de ganar en las pujas como algo personal, en medio de una competición con otros similares. Igualmente si tenían para vestirse mejor, los días de fiesta eran un momento muy apropiado, por más que las modas en ese tiempo no supusieran variedad. Un aceptable mantón o una camisa nueva bien blanca podían significar mucho.

La muerte era un trance muy doloroso, sabida de antemano por cada nacido a poco que tuviera sentido común, por lo que era aceptada como algo que llegaría tarde o temprano. Cuando llegaba era manejada de forma distinta en unos y en otros. Para lo que aquí interesa, podemos decir que ser un poco más pudiente que el resto llevaba aparejadas más posibilidades de salvación o al menos más pronto, no solo con un ritual mayor de actos religiosos que podían pagarse, sino también con la proximidad de la tumba a los puntos más importantes de la iglesia, lo cual podía dar méritos en la garantía de salvación a la vez que ser una forma de exhibición social. Para eso el cura había distribuido el suelo de la iglesia en tres categorías según la proximidad al altar. Los curiales elegían entre el primer tercio, el segundo o el tercero. Los testamentos que piden el primero son los de los más pudientes. El cura no dice siempre en la partida donde se entierra cada difunto, pero se entiende en algunos casos como en el de Francisco Hoya que lo entierran en el último tercio porque *es muy pobre* y así lo hace constar el cura. En este mismo sistema de mostrar el nivel económico estaban también las donaciones a las cofradías que ayudaban a la iglesia, sobre todo a la de Santa María de los Remedios, creada con la euforia de la inauguración de la parroquia. Donar ciertas cantidades, suponía, además de contribuir con el corazón a lo propio, también una forma de significarse.

## 7. RELIGIOSIDAD, FIESTA Y MUERTE EN LOS CURIELES

La construcción de la iglesia debió ser para los curieles un anhelo hecho realidad. Lo fue por dos razones fundamentales: la primera por la incomodidad que suponía no depender de la parroquia de San Juan de Béjar, a la que había que acudir para bautizos, entierros y bodas como mínimo, además de la inseguridad que representaba para cualquier enfermo o moribundo no tener a mano en esos momentos un cura para ayudarle a morir con garantías y esperanzas de vida eterna, siendo tan peligroso entonces morir inadecuadamente y sin confesar los pecados.

Por otra parte una iglesia parroquial representaba como pueblo el orgullo de tener un templo más grande que la ermita que había tenido y que sin duda decía mucho menos a todos los niveles y en todas las distancias que una parroquia. Los curieles debieron sentirse reconfortados cuando un hijo de Valdesangil, el canónigo de la diócesis de Plasencia, Francisco Hernández Nieto, no solo hizo lo posible llevando a cabo las oportunas gestiones, sino también donando una cantidad considerable de dinero propio para su construcción, además de ceder parte de un prado donde edificarla<sup>49</sup>. Pagó además el retablo y trasladó a familiares suyos, también curieles y ligados a la diócesis, la voluntad de gestionar y financiar nuevos proyectos relacionados con la construcción y adecuación de la iglesia y la casa del párroco, que cerraba el círculo de lo necesario para que Valdesangil tuviera una parroquia<sup>50</sup>. Entre todos consiguieron que los curieles tuvieran en un plazo de 72 años una iglesia, con su cuerpo (1715-1717), retablo mayor (1717-1718)<sup>51</sup>, dos retablos laterales (1753 y 1756 respectivamente), enlosado interior con el cementerio dentro de la iglesia (1749), torre (1772-1780), así como púlpito (1789)<sup>52</sup>, desde donde era en ese tiempo tan importante predicar, además de casa parroquial (1740)<sup>53</sup>. En conjunto representaba la tranquilidad de los curieles como devotos y el orgullo como comunidad respecto a los demás pueblos de su entorno<sup>54</sup>.

49 A cambio pedía que se le recen en el ofertorio de la misa un padrenuestro y un avemaría y al acabar la misa un responso por su alma en su tumba, delante del altar mayor, donde fue colocada su lápida inscrita.

50 Su sobrino Pedro Matas Nieto contribuyó con 1.000 reales para la construcción de la torre y también la de un sobrino de éste –Gaspar García– que cedió una casa para construir la residencia del párroco (SÁNCHEZ SANCHO y Díez ELCUAZ, ob. cit. p. 11).

51 SÁNCHEZ SANCHO y Díez ELCUAZ, ob. cit. p. 18.

52 SÁNCHEZ SANCHO y Díez ELCUAZ, ob. cit. p. 24.

53 Hasta ese momento el cura debió tener su casa en el Barrio de Abajo, cerca del puente, en el fondo de un callejón, como se deduce del símbolo bien tallado en el dintel. Era una casa pequeña y estrecha, como la mayoría de las de ese momento, diferente a la que le construyeron en 1740.

54 En Navacarros se levanta una nueva torre entre 1743 y 1744, la nueva cabecera en 1746 rematándose todo en 1783. La ermita de Palomares se levanta en 1752 y de la de Sorihuela se construye una nueva cabecera entre 1774 y 1775 (DOMÍNGUEZ BLANCA, Roberto y CASCÓN MATAS, M<sup>a</sup> Carmen. “El proceso constructivo de la iglesia de Ntra. Sra. de la Asunción de Navacarros y su patrimonio histórico”, en *Estudios Bejaranos* n<sup>o</sup> 13, 2009. Béjar: Centro de Estudios Bejaranos., pp. 67-90). La de Medinilla lo sería a partir de 1799 (DÍEZ ÁLVAREZ, Wenceslao. *Medinilla. Entre canchos y encinas*. Valladolid, 2013, p. 101.

En octubre de 1715 se firmó el contrato en Plasencia entre el canónigo Francisco Hernández y dos canteros, uno de Lledrada y otro lusitano, para levantar un edificio de 21 varas de largo por 10 de ancho que ya no tendrá la orientación canónica oeste-este predominante desde el principio del cristianismo. El 28 de noviembre de 1817 se lleva a cabo la colocación en la nueva iglesia de la imagen de la Virgen de los Remedios, que se encontraba en la ermita. No será difícil imaginar lo que ese día de fiesta supondría para los curiales, llevándola en procesión solemne de un templo a otro. Al año siguiente tuvo lugar la primera procesión con *ramo de zera* y *ciza de mozas*, además de sermón en la misa. Los curiales irán en principio a la nueva iglesia como a la vieja ermita, sin alcanzarse hasta unos años después el estatus de parroquia con un párroco designado. En 1722 se inaugura ya como parroquia, con cementerio externo anexo a ella por el norte y por el oeste, ya que en el interior hasta 1749 no concluirá el enlosado y por tanto no será el cementerio destinado a ser. Desde ese momento los curiales podían asistir a la misa situados sobre la tumba de sus difuntos<sup>55</sup>. La iglesia hubo de tener una espadaña originaria para la que se compró en 1749 un *esquilón*. A esa torre o tal vez a otra que la sucedió, se le adosará en 1760-61 una escalera con la colaboración de los curiales en mano de obra y dinero de diversas donaciones. Esa no será la torre definitiva, que se construirá entre 1772 y 1780<sup>56</sup>, esbelta y llamativa, de sillería, imitando una moda que la asocia estilísticamente con las que se construyeron cercanas, por ejemplo, en el convento de San Francisco de Béjar, en Peromingo<sup>57</sup> o en los municipios abulenses de San Miguel de Corneja, Martiherrero, Benitos, Zapardiel de la Cañada, entre otras muchas en Castilla. Aún existe en Valdesangil la leyenda de que para construir la torre se hizo una gran rampa por el norte que llegaba, calle arriba, casi hasta el final del pueblo. Finalmente entre 1783 y 1784 se ampliará en 46 m<sup>2</sup> el cuerpo de la iglesia por el sur<sup>58</sup>, quedando el aspecto que ha llegado hasta la actualidad.

Ya he dicho que la muerte era algo frecuente que mediatizaba el crecimiento demográfico. La media de muertes al año (m/a) entre 1725 y 1800 alcanzaba nada menos que 14'4 m/a. En esa cifra la cantidad de párvulos/niños que fallecía fue casi siempre mayor que la de adultos, tanto es así que por cada adulto murieron entre esos años 1'11 niños, una cifra que da idea de la precariedad de la vida infantil tanto en el propio nacimiento, como en los primeros años de vida. Cada año fallecieron una media de 6'8 adultos. Entre unos y otros hacían que la muerte y sus consecuencias fueran algo asiduo en la vida de los curiales. La muerte era una amenaza constante, tanto cuando sobrevenía a partir de la enfermedad como por los accidentes durante

---

55 Habitualmente solo lo hacían las mujeres, con sus reclinatorios, puesto que no podían estar juntos en las celebraciones hombres y mujeres, evitando así distracciones en lo esencial que allí se llevaba a cabo. Los hombres ocupaban la parte inicial de la iglesia.

56 SÁNCHEZ SANCHO y DÍEZ ELCUAZ, ob. cit. p. 15.

57 SÁNCHEZ SANCHO y DÍEZ ELCUAZ, ob. cit. p. 40, fig. 8 y 9.

58 SÁNCHEZ SANCHO y DÍEZ ELCUAZ, ob. cit. p. 17.

el trabajo, de los que se consignan bastantes casos en las partidas funerarias del s. XVIII<sup>59</sup>. Los riesgos en este sentido pendían siempre sobre los curieles, creando una incertidumbre vital que se aliviaba de algún modo pensando en la otra vida, para la que creían saber más o menos las fórmulas con las que salir airosos de cara a una buena eternidad.

En los libros funerarios de la iglesia bejarana de San Juan, a la que pertenecieron los curieles desde 1568<sup>60</sup> hasta 1722, constan entierros en su interior de curieles adultos desde al menos octubre de 1607, caso para el que simplemente se dice en un acta que ha muerto un *hombre de Valdesangil*, sin que se especifique su nombre, y añade que se le dirán 13 misas por su alma<sup>61</sup>. Al menos desde ese momento, que es desde el que he consultado los libros de difuntos, se suceden enterramientos en la iglesia, aunque parecen esporádicos. Apenas 1 o 2 en algunos años hasta que en la última década de ese s. XVII y en las primeras del siguiente se incrementa considerablemente el número, no sabemos si por crecimiento demográfico u otras razones. No conozco, por no haberlo consultado, si los párvulos curieles se enterraban también allí o por ser párvulos lo eran en Valdesangil, en algún cementerio *ex profeso* de la ermita que antecedió a la iglesia parroquial. Desconocemos también si los enterramientos de curieles en San Juan eran selectivos o generalizados. El hecho de que se recuerde por tradición en Valdesangil un *cementerio antiguo*, sin localización concreta, en las inmediaciones de los Prados Cabildos, hace pensar, de corresponder a esa cronología, algo que también estaría por comprobar, si algunos enterramientos podían haberse llevado a cabo en otros lugares de forma paralela a los de San Juan o por el contrario fue algo anterior. Tampoco conocemos con seguridad si en caso de ser los enterramientos selectivos, es decir únicamente para quién los podía pagar, fue así todo el tiempo o se dieron cambios con los años. Un dato al respecto puede aportar alguna luz: en 1703 consta en el libro correspondiente de San Juan que se entierra a Francisco García *de misericordia, por ser muy pobre*. Sin duda si los enterramientos hubieran sido selectivos en ese momento se entiende que Francisco hubiera sido enterrado en el cementerio de la ermita de Valdesangil, ya que en San Juan sería más costoso.

---

59 En 1737 muere en La Hoya Pedro García *cortando leña porque le cayó un roble*. A Francisco Sánchez Prolijo le mató un rayo en agosto de 1740. En 1741 muere Ana Martín Manjarrés *de un accidente que le sobrevino*. En 1748 muere Manuel Martín Manjarrés en accidente *que a las 24 horas le despachó*. En 1762 muere Manuel Sánchez de Marcos *por accidente*. En 1797 Francisco Martín Colorado, que era pobre, muere también *por accidente*. En 1798 muere Fray Tomas de Santa Teresa, trinitario que había ido a predicar desde el Hervás. *Dijo misa, administró la penitencia a 5 mujeres y murió en accidente*. Las actas denominan accidentes a episodios de perlesía y similares. También ese año muere Juan Sánchez de Marcos *de un accidente de perlesía*, algo que le sucede igualmente a María García en 1761 *quitándole el accidente el habla* y también en 1772 Antonia Martín de Gil, de la que escribe el cura *que un accidente repentino la privó del movimiento, habla y sentido y murió en 24 horas*. Posiblemente llama accidentes a ictus, infartos o similares.

60 SÁNCHEZ SANCHO y DÍEZ ELCUAZ, ob. cit. p. 10.

61 Libro de difuntos de San Juan (1604-1622), p. 25.

No será difícil imaginar la escena del cortejo fúnebre descendiendo por el camino a Béjar con el ataúd propio, si se podía pagar o con uno usable solo para el transporte, a lomos de una caballería o en carreta. De ahí que fuera un alivio también en este sentido que a partir del 1722 Valdesangil tuviera su parroquia, con su curato y su cementerio, en el que los curiales pudieran enterrar y tener cerca a sus muertos, algo muy importante desde el punto de vista operativo y también desde el de los sentimientos. Sin duda tener parroquia propia fue un gran beneficio, por más que el cura de San Juan protestara enérgicamente –así consta– al mermársele con ello los beneficios por los bautizos, las bodas y los funerarios, que con el entierro, la ejecución de los testamentos, el coste de las sepulturas y las donaciones no eran poca cosa para él, sobre todo desde que algunas décadas antes de constituirse la nueva parroquia hubieran aumentado los parroquianos.

La muerte estaba relacionada directamente con la religiosidad impregnada en la población. Esa religiosidad, si bien venía de atrás, se había acrecentado con la crisis del s. XVII. Aunque las renovadoras ideas de la Ilustración querían imponer racionalidad a una sociedad en exceso sacralizada y dominada por ritualismos y devociones exageradas a imágenes con el temor a la muerte y a la eternidad de fondo, poco pudieron hacer en general y menos aún en lugares como Valdesangil, donde lo renovador llegaría tarde y mediatizado como consecuencia de la falta de contacto directo con los focos de renovación. Las gentes calmaban sus temores oponiendo a la pobreza terrenal que padecían la esperanza en una buena eternidad, alentada por la Iglesia, cuyo poder fue en el mundo rural preeminente, en detrimento de la nobleza local emigrada a la corte. Había que agarrarse a algo y nada mejor que a las creencias, que por su carácter intrínseco nunca suelen fallar en este contexto.

Los curiales, como todos los de su tiempo, pensaron mucho en la muerte. No en vano ésta acompañaba a sus existencias de una manera mucho más cercana e implacable a cómo la tenemos hoy, siempre aplazable por los avances de la medicina. Por ello sabían que era necesario estar preparados para afrontarla. La condenación eterna significaba un para siempre y eso por sí mismo daba escalofríos, alentado con vehemencia y dramatismo desde los púlpitos de las iglesias.

La existencia del purgatorio como forma de redimirse de los pecados no suficientemente limpiados, era sin duda un alivio, pero no lo suficiente porque allí podían estar las almas mucho tiempo siendo como era un infierno con carácter transitorio. Parece que todos tenían una cierta desconfianza a la hora de morir sin haber limpiado suficientemente sus pecados, ya que para morir más tranquilos hacían un testamento que entreveía sus más íntimos temores<sup>62</sup>. Solo los pobres de solemnidad o los pobres sin más, lo tenían peor en estas situaciones. El dinero terrenal también funcionaba para la otra vida, porque a mejor posición correspondía mejor testamento

---

62 Blas Martín Colorado dice en su testamento en 1736 que se le digan 28 misas por penitencias mal cumplidas. En 1802 un hombre pide que a su muerte se digan misas por cargo de su conciencia.

en acciones a favor de la salvación del alma<sup>63</sup>. Los pobres no tenían para muchas misas de perdón, pero aun así nadie se quedaba sin entierro de misericordia y las cofradías hacían lo que podían en mínimos por el difunto pobre e incluso por el forastero, pero nunca era tanto como lo que hacía el dinero propio. Solo la *infinita bondad divina* podía ser un consuelo para los pobres ante su mala fortuna en la vida terrenal, las palabras de Jesucristo así lo garantizaban, con lo cual los pobres morían al menos con esa esperanza<sup>64</sup>.

Los curiales morían con el testamento religioso hecho. Es posible que algunos llevaran a cabo testamentos de sus bienes ante un escribano, pero serían los menos. El reparto de los bienes se haría dentro de la familia, como algo interno que se acataba, según la voluntad del padre o los padres. Así siguió siendo por muchas familias hasta entrado el s. XXI e incluso en la actualidad.

Los testamentos de los curiales dicen mucho acerca de ellos y de sus costumbres, creencias y temores. Algunos lo hacían con tiempo suficiente, temiendo una muerte repentina o una enfermedad que le nublara la razón, cosas nada difíciles a juzgar por las actas de defunción. Otros, cuando se veían cerca de ella, teniendo en cuenta las posibilidades reducidas de curación de las enfermedades más o menos serias, testaban unos días antes ante el sacristán (alguna vez también ante un escribano de Béjar) con un par de testigos varones de Valdesangil o de fuera, familiares o gente de confianza que garantizara la ejecución de las últimas voluntades del moribundo, ya que de ello podía depender la salvación del alma o el tiempo de estancia en el purgatorio. Debía ser en muchos casos o en todos, un documento que guardaban los testigos y del que tomaba nota el cura en las actas de defunción del libro de difuntos para recuerdo de sus obligaciones con el alma del fallecido y para la contabilidad de la diócesis de Plasencia, por cuanto le correspondía en porcentaje por el coste de los servicios testados. En los casos en que morían de repente, por accidente o cuando se hubo producido *delirio irreversible*, los familiares convienen con el cura los servicios que el muerto va a tener. Otros, a pesar de anunciárseles la muerte, no hacían testamento *por no tener de qué*<sup>65</sup>. El testamento era la garantía que tenía el difunto de asegurarse la redención de

---

63 A pesar de los pocos recursos de algunos, a la hora de la muerte expresan su deseo de alcanzar la vida eterna y a veces mezclando sus sentimientos. Ese fue el caso de Pedro Márquez, un hombre humilde, que a pesar de no tener recursos, cuando falleció su esposa en 1735 le pagó una misa de entierro y otras 6 cantadas y vigiliadas. Sin duda deseaba reunirse con ella en el mejor sitio. Sin embargo Juan Sánchez Miñana, muerto en 1724, solo tuvo una misa de entierro. Nadie debió pensar que este pobre hombre tan solo por no tener dinero para que rezaran por su alma iba a eternizarse en el purgatorio.

64 En algunos casos la viuda del muerto (p.e. Lucas Rodilla) tenía tan poco para las honras fúnebres de su marido, que tuvieron que ser sus padres los que pagaran el entierro para que no fuera puramente de misericordia.

65 En 1740 fallece el viudo Francisco Sanchez Prolijo víctima de un rayo sin haber hecho testamento. El cura acuerda con los hijos del fallecido (el mayor tiene 15 años) lo que conviene hacer por su padre para la salvación de su alma. En otra ocasión el mozo curiel soltero Pedro García murió en 1737 en la Hoya haciendo leña *porque le cayó un roble*. Como no había hecho testamento por ser joven, el cura quiso liquidar el Quinto de su herencia para las honras fúnebres (no sabemos si preocupado por la salvación de

sus pecados mediante actos religiosos que irían depurando para bien su alma hasta alcanzar la Gloria. Llama la atención como algunas mujeres o quizá todas, aunque estuvieran casadas, precisaban el permiso de sus padres para testar<sup>66</sup>. No hace falta abundar en que las mujeres ocupaban una posición muy secundaria en la sociedad por esta y por otras razones. Cualquier circunstancia seria, que implicara tomar decisiones, era siempre asumida por los hombres. Los niños no hacían testamento, tampoco se les decían misas al cabo del año. Se entendía que no habían tenido oportunidad de pecar y por tanto no hacía falta redimirles nada.

Con más o menos cantidad de servicios religiosos según el nivel económico y los miedos por los pecados cometidos, los curiales solían recurrir a las mismas formulas: la misa cantada del entierro, novenas en los días siguientes al funeral, misas votivas<sup>67</sup>, misa o misas *de cabo de año* con vigilia o sin ella, misas de San Francisco que a veces el testador pide expresamente que se lleven a cabo en un *altar privilegiado*, con asistencia de monjes del convento bejarano de San Francisco e incluso algunos pedían enterrarse con el hábito de esta orden. Curioso resulta el hecho de que algunos y, no fueron pocos, pidan que se les digan *misas de San Amador*. Estas misas eran especiales y estaban enraizadas en la población, con el rito rozando en la superstición y el paganismo, utilizando por ejemplo mucha iluminación de velas y cirios. La Iglesia no las veía con buenos ojos, pero estaban grabadas en las costumbres del pueblo en general y por ello las consentía.

Algunos dejaban prados o tierras de labor a las cofradías o a la parroquia para que con su arrendamiento se le dijeran misas durante mucho tiempo. Las donaciones en especie consignadas en los testamentos son más frecuentes a partir de la segunda mitad del siglo. Los testadores dejan una cantidad de cereal para el cura o para repartir entre los pobres en forma de pan, ya sea el día del entierro o cuando se cumpla un año, de forma que se recuerde su alma y se pida por su salvación. En estos casos y en los que tiene que ver con donaciones de tierras, los mozos que mueren solteros son más generosos, teniendo en cuenta que no tenían una familia a la que una donación sin mucha hacienda le sería perjuicio.

El testamento, además de mostrar la preocupación por el destino final del alma, era en determinados casos una forma de exhibición del prestigio social del futuro difunto, que también en la muerte quería exhibir su posición, por más que en Valdesangil las diferencias no fueran en exceso marcadas y fuera, todo lo más, que a unos les iba un poco mejor que otros. Ya se ha hablado de esto.

Las cofradías eran un sistema de asociación y cohesión de los curiales para con sus asuntos cercanos no laborales, a la vez que les proporcionaban la tranquilidad

---

su alma o por lo que le tocaba de beneficios). La familia no se lo permite y tiene que intervenir un notario de Béjar que falla a favor del cura invirtiéndose el quinto de su herencia en misas y ceremonias por el alma del difunto.

66 Al menos eso sucedió con Ana Sánchez, casada, que muere en 1749 sin testamento porque sus padres no le han dado permiso para ello.

67 Misas que se podían decir por el alma del difunto coincidiendo con una determinada fecha por la devoción a un santo determinado.



a sus expectativas de futuro en el más allá y a sus conciencias. Las cofradías tenían en sí mismas un papel relevante en lo que a la muerte concernía, pero también en general en lo que rodeaba a los rituales religiosos y como sufragio económico de las necesidades de la parroquia. Eran una forma de reunión de gentes de un mismo lugar para participar de la religiosidad de la época, en la que asegurarse la eternidad constituía una verdadera obsesión social, de ahí que buena parte de sus cometidos tuvieran que ver con la muerte y la vida eterna.

Durante el s. XVIII hubo en Valdesangil 3 cofradías: 2 nacieron como consecuencia de la nueva parroquia: una fue la del Santo Sacramento y Cruz, fundada en 1722 como resultado de la fusión de las dos anteriores ligadas al culto en la ermita y al parroquial en la iglesia bejarana de San Juan. Otra fue la de las Ánimas, fundada en 1723 y en tercer lugar, la que sería la más importante durante el siglo, la de Santa María de los Remedios, ligada directamente a la iglesia parroquial fundada el último día del año 1736. Todas estarían en plena actividad hasta avanzado el s. XIX en que irían desapareciendo. Las dos primeras en fundarse nacieron con cierta humildad en todas sus capacidades, tanto en número de miembros (51 la de las Animas y 43 la de Sacramento y Cruz) como en propiedades. La primera nunca tuvo propiedades, la de las Ánimas con el tiempo gracias a donaciones de los cofrades. Los curieles podían pertenecer a más de una.

A través de los estatutos consignados en el libro de actas de la de Santa M<sup>a</sup> de los Remedios puede conocerse mejor el funcionamiento de estas asociaciones religiosas, que a pesar de ser independientes mantenían una misma línea de funcionamiento básico. Sin duda la de Sta. M<sup>a</sup> de los Remedios nació para ser la más importante. Tres personas del pueblo mostraron su prestigio social contribuyendo con 495 reales en los dos primeros años de su fundación, a ello había que unir la cuota de entrada (6 reales) de sus miembros más las cuotas anuales<sup>68</sup>. Pero sin duda el capital principal venía del arrendamiento de prados y tierras que fueron donándose con el tiempo (sobre todo por mozos y mozas solteros), con las limosnas que el mayordomo recaudaba fundamentalmente en la Fiesta Mayor y por san Antón, y por las subastas de donaciones en especie que se hacían en fechas señaladas o que a veces permanecían esperando ofertas durante un máximo de 3 meses. Donaciones que eran de mañas (haces) de lino, cereal y vino, animales, además de roscas y manteladas donadas por las familias en las que los curieles competían en actos sociales a la puerta de la iglesia buscando elevarse en algo sobre sus paisanos ese día, a la vez que los donantes por su parte exhibían su donación como testimonio de éxito en algo y también como agradecimiento a la Virgen o a algún santo por favores recibidos.

---

68 Los estatutos dicen expresamente que pueden ser los miembros casados o solteros, pero si se casan dos y no entran a formar parte de la cofradía hasta artículo mortis o después de muertos, pagarán por entrar el doble (12 reales) por rebeldes. Ello deja ver que había una cierta presión de la parroquia por la inclusión en la cofradía de los curieles.

A pesar de que la cofradía estaba presidida por un alcalde como responsable máximo y un mayordomo, que era el que realizaba las tareas de recogida de limosnas y del funcionamiento diario por un año, el párroco la fiscalizaba en todo. A él había que presentarle las cuentas cada primero de año en que se hacía el cambio de responsables y en la sacristía de la iglesia se guardaba el dinero recaudado en un arca con llave. La Cofradía de Ntra. Sra. de los Remedios tenía dos cometidos fundamentales: el primero y más importante era ayudar en la salvación del alma de sus cofrades e incluso de los que no lo eran por ser pobres de solemnidad o forasteros de paso, y ayudar económicamente a la parroquia en sus necesidades sufragando gastos, esto último, a diferencia de las otras dos cofradías, por gozar de una economía con un nivel suficiente.

Los miembros estaban obligados a asistir (si no lo hacían tenían que pagar una multa) a los actos. El más importante era acompañar al difunto durante las exequias que le llevaban a la puerta de la otra vida y luego interceder mediante oraciones, misas y rogativas por el alma del difunto. En procesión acudían a la casa del fallecido encabezados por el *alcalde* de la cofradía y el mayordomo portando la imagen del Cristo y provistos de cirios y velas encendidas. Recogían el cadáver, que era transportado en unas andas, y lo llevaban a la iglesia. Tras el entierro depositaban sobre la tumba cirios y velas que permanecían encendidos. La cofradía pagaba la ceremonia del entierro. Si fallecía un pobre de solemnidad o un forastero de paso, le garantizaban al menos un ritual mínimo para que su alma no quedara expuesta a las penas del infierno. Además de lo anterior, esta cofradía era un gran apoyo para la parroquia debido a su capacidad económica. No solo costeaba la misa del día de la fiesta mayor (15 de agosto), sino que pagaba al predicador que acudía como figura invitada en día tan solemne, al tamborilero que amenizaba el baile, contribuía con la compra de vino para la misa, aceite para las lámparas que permanecían encendidas día y noche en honor a los difuntos yacentes en la iglesia, recaudaban el valor de las sepulturas (6 reales las comunes, 8 las de la capilla mayor y 3 las de los párvulos) y contribuía con cantidades destacadas en obras como el arreglo de la *casilla*<sup>69</sup> que había a la entrada de la iglesia donde se guardaban aperos de la cofradía o en obras para culminar la iglesia, como fue la escalera de la torre, el campanario, el enlosado de la iglesia, la compra de una campana e incluso en la adquisición de un cáliz nuevo en 1794.

La frecuencia de la muerte debía llevar a los habitantes de Valdesangil a un continuo luto, razón por la cual debemos mediatizar en cierta medida el abandono de los curiales a las fiestas, que implicaban una forma de alejamiento de las penurias terrenas. Las fiestas eran una forma de distracción sobre los problemas de la vida y las congojas de la muerte, una forma de olvido transitorio cuyos excesos había que purgar después con los mecanismos de penitencia que había para ello. En este sentido la fiesta mayor constituía un día de exaltación especial en la que cada curiel se sentía

<sup>69</sup> Esta casilla desapareció con la ampliación de la iglesia, permaneciendo el topónimo hasta la actualidad sin que exista ya rastro de ella.

más que nunca del lugar y disfrutaba de esa circunstancia. Todo se volcaba hacia una fecha tan señalada y bien elegida (15 de agosto), para cuando se había recogido la cosecha, estaba ya a buen recaudo y se podía celebrar su éxito, si es que lo había habido. Y si no también, porque para eso era la fiesta de todos y la de cada uno en particular. La patrona les unía por ese día en la exaltación humilde, pero exaltación, de sentirse del lugar. Un predicador venido de fuera, con otra voz, con diferente y reconocido discurso, contribuía a diferenciar esa fecha de las del resto del año, además de la procesión por las calles del pueblo con la imagen de la Virgen a los hombros de los mozos, acompañando a todo con los estandartes de las cofradías, con el sonido de fondo de los cohetes<sup>70</sup> y el volteo de campanas que llamaban a la alegría y a la emoción. No faltaba el tamborilero con su dulzaina<sup>71</sup> propiciando el baile con sus connotaciones, en la juventud casadera de una forma y en los ya emparejados de otra. Valdesangil recibía ese día la visita de jóvenes de los pueblos limítrofes para participar del dispendio y de los familiares invitados como símbolo de hospitalidad. Tal vez fuera en uno de estos días cuando se producían encuentros que terminaban en bodas, como las que se entienden observando las partidas de nacimiento, donde el cura tuvo la buena idea de consignar los abuelos de cada criatura y su procedencia. A través de ello sabemos que (por este orden) Vallejera, Navacarros, Fuentesbuena y Palomar Alto y Bajo eran los lugares de los que procedían alguno o varios de los padres y abuelos del nacido, significando la relación y mezcolanza que se daba entre gentes de unos sitios y de otros. Candelario, Becedas, Medinilla, Béjar y La Hoya eran también lugares donde los curiales encontraban pareja. Es probable que la fiesta mayor fuera momento de encuentro de jóvenes que acordarían sus relaciones, para finalizar en casamientos en los que el pago del *pijardo*<sup>72</sup> era obligado cuando la novia era curiela. Todo ello indica la intensidad de las relaciones de Valdesangil con su entorno.

No solo era la fiesta mayor, también tenía una gran importancia la llamada *Bodas de la Virgen*, a finales de agosto o principios de septiembre, amenizada también con tamborilero, en la que los curiales hacían donaciones voluntarias al cura de productos de la cosecha una vez finalizada y evaluada, a cambio de ser nombrados *padrinos* en la boda de la Virgen, nombramiento que hacía el cura públicamente durante las misas de los domingos anteriores para orgullo de los que se oían nombrar. En realidad las donaciones en especie de esta fiesta, como *padrinos* de la boda de la Virgen, eran una muestra de agradecimiento al Cielo y a su representante en la tierra más cercano por los favores recibidos.

---

70 SÁNCHEZ SANCHO y DÍEZ ELCUAZ, ob. cit. p. 30, nota 15, citan para 1759 el gasto de 32 reales en cohetes para la fiesta mayor.

71 En 1745 le pagaban por la jornada 8 reales, sueldo que se mantuvo intacto 45 años más hasta que en 1786 lo suben a 14 reales, para bajarlo a 11 al año siguiente y pagarle 12 en 1794.

72 El *pijardo* era un impuesto que debían pagar los mozos forasteros que se casaban con una moza curiela a los mozos curiales que por ello se quedaban sin ella.

A las anteriores fiestas se unían las de san Antonio Abad, patrón del pueblo junto con la Virgen, que coincidía con la época de la curación de las matanzas anuales de cerdos y en la que se repartía carne entre los asistentes. Además había otras muchas celebraciones religiosas propias<sup>73</sup> a las que se unía la de la Virgen de Castañar, trascendiendo con ésta los límites del pueblo y entrando en algo más multitudinario, que implicaba la cohesión de las gentes de la comarca, a las que se sumaban los curieles en peregrinación.

Fiesta, y no poca, eran también las bodas, en las que las novias acudían a la iglesia, veladas al uso de la época, emocionadas por haber encontrado marido, una lucha y un empeño que se producía personal y familiarmente a poco que hubiera edad para ello. Contados eran los casos de solterías, había necesidad del apoyo económico y social que daba el matrimonio. Socialmente no resultaba bueno quedarse soltero/a. Importante sería recuperar el ambiente de las bodas antes de la constitución de la parroquia, cuando tuvieran que ser necesariamente en la iglesia de San Juan de Béjar, con lo que significaba de peregrinación hasta allí de los novios y su séquito, y la vuelta ya casados, todo ello por el llamado *Camino de Béjar*, depositario mudo de miles de historias propias de cada tiempo. Hubo de generarse todo un repertorio de costumbres y anécdotas que difícilmente podremos rescatar, pero a lo que podremos acercarnos si acaso en tono literario, partiendo de algunas bases conocidas, uniéndolas a lo emotivo de un día tan importante individual y socialmente para una parte de una comunidad.

En fin, vida, muerte, creencias, trabajo, fiesta, sueños y alegrías conformaron la vida de aquellos curieles del s. XVIII, un siglo crucial en su historia por lo que representó en número de pobladores y por la consolidación de su núcleo urbano para los siglos posteriores, presidido ya para siempre por la iglesia y su parroquia independiente y también de su paisaje rural, que con pocos cambios llegó a los definitivos tiempos que lo cambiaron todo y lo dejaron prácticamente fosilizado, listo para el rescate documental de la investigación histórica actual.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBEROLA ROMÁ, Armando. "Plagas de langosta y clima en la España del siglo XVIII". *Relaciones (Zamora)*. Vol. 33, nº 129. Zamora. 2012.
- GARCÍA MARTÍN, Pedro: *BÉJAR 1753 según las respuestas generales del Catastro de la Ensenada*. Col. La Alcabala al viento nº 6. 1990. Madrid: Tabapress S.A.
- BARRIOS GARCÍA, Ángel y MARTÍN EXPÓSITO, Antonio. *Documentación medieval de los archivos medievales de Béjar y Candelario*. Salamanca: Diputación de Salamanca, 1986.
- DEFOURNEAUX, Marcellin. *La vida cotidiana en la España del siglo de Oro*, Barcelona. Argos Vergara. 1983.
- DÍEZ ÁLVAREZ, Wenceslao. *Medinilla. Entre canchos y encinas*. Valladolid, 2013.

---

73 Otras fiestas de los curieles eran: de la Anunciación (25 de marzo), santa Ana (26 de julio), Santo Cristo Custodio (2 de octubre), san Fco. de Asís (4 de octubre), Purísima (8 de diciembre) y San Juan (27 de diciembre), según SÁNCHEZ SANCHO y DÍEZ ELCUAZ, ob. cit. p. 30, nota 20.

- DOMÍNGUEZ BLANCA, Roberto y CASCÓN MATAS, M<sup>a</sup> Carmen. “El proceso constructivo de la iglesia de Ntra. Sra. de la Asunción de Navacarros y su patrimonio histórico”, en *Estudios Bejaranos* n° 13, 2009. Béjar: Centro de Estudios Bejaranos, pp. 67-90.
- FABIÁN GARCÍA, J. Francisco. “El Tiempo más antiguo”. En *Historia de Béjar*. Tomo I. 2012. Béjar. Centro de Estudios Bejaranos, pp. 71-192.
- FERNÁNDEZ DOCTOR, Asunción y ARCARAZO GARCÍA, Luis. “Asistencia rural en los siglos XVII y XVIII: Los tipos de «conducción» de los profesionales sanitarios en Aragón”. *BIBLID* n° 22, 2002, pp.189-208.
- HERAS SANTOS, J. Luis de las. “Historia social del Estado de Béjar en la Edad Moderna”. En Hernández y Domínguez (Coord.): *Historia de Béjar*. Tomo I, 2012. Béjar: Centro de Estudios Bejaranos.
- LÓPEZ BENITO, C. Isabel. “La sociedad salmantina en la Edad Moderna”. En A. Rodríguez (Coordinador): *Historia de Salamanca*, Tomo III, Edad Moderna. Salamanca: Centro de Estudios Salamantinos. 1999, p. 223.
- RODRÍGUEZ BRUNO, Manuel. “Las Casas de Val de San Gil”, en *El Calvario. Primer Centenario 1901-2001*. 2001, Valdesangil.
- ROS MASSANA, Rosa. *La industria textil lanera en Béjar (1680-1850). La formación del enclave industrial*. Valladolid: Junta de Castilla y León, 1999.
- SÁNCHEZ SANCHO, J. Félix y Díez Elcuaz, J. Ignacio. “El conjunto Barroco de Valdesangil”. *Estudios Bejaranos* n° 12, 2008. Béjar. Centro de Estudios Bejaranos, pp. 9-46.